

# La consciencia como único misterio



*Por Francisco Javier Fernández*

**"... no hay un solo problema metafísico que no haya quedado resuelto o del que no se haya ofrecido al menos la clave para resolverlo".**

*(Immanuel Kant)*

En este artículo intentaré arrojar un poco de luz al explicar qué es la consciencia y por qué creo que no ha sido comprendida todavía por la mayoría de los científicos. Intentaré desentrañarlo de la forma más sencilla posible, aun a costa de simplificarlo todo un poco.

El filósofo rumano Emil Cioran trató de rehabilitar la idea del suicidio como una idea positiva, una idea que paradójicamente nos puede ayudar a vivir. Decía Emil Cioran que "*el suicidio es para los optimistas*". Y es verdad, saber que puedes matarte cuando tú quieras, que puedes abandonar el escenario cuando lo desees, es un gran alivio, algo espiritualmente reconfortante. Curiosamente, no fueron aquellos libros de divulgación científica que de vez en cuando leía a ratos perdidos, sino este filósofo nacido en la Europa del Este el que consiguió realmente despertar en mí un vivo interés por el misterio de la consciencia. Aunque, a decir verdad, no fue la consciencia lo que terminó obsesionándome, sino lo contrario: el misterio de la inconsciencia; aunque sé que a muchos les parecerá que, en el fondo, no hay diferencia alguna entre uno y otro misterio. Pero fue ésta realmente la que me obsesionó y fascinó. ¿Qué era o en qué consistía realmente ese estado de "inconsciencia" que fuimos antes de venir al mundo? Era en la inconsciencia en donde se escondía la clave del misterio. No me atraía tanto por qué podíamos hacernos conscientes, sino al revés, lo que llegó a cautivarme era por qué podemos volvernos inconscientes. No se trataba exactamente de lo mismo, al menos así lo sentía yo. El milagro de por qué cobramos conciencia no provocaba en mí la misma sugestión que la cuestión de por qué podemos volvernos inconscientes. Hay algo fascinante en la posibilidad de no haber nacido, en la posibilidad de no haber llegado a conocerse uno a sí mismo jamás. Pensar en ello es casi un vértigo, hay una extraña sensación de infinitud, de hacerse uno exterior al universo, de situarse fuera de sus límites, pues no existes. Si Cioran no hubiera despertado en mí aquella fascinación por el misterio de la "*in-consciencia*" creo que nunca me habría interesado lo más mínimo por este tipo de reflexiones. Fue únicamente su lectura lo que realmente consiguió, casi subrepticamente, *transmitirme* la esencia (y me atrevería a decir también la belleza) de este misterio.

Emil Cioran argumentaba que la inconsciencia es el mayor estado de bienestar que existe. Es decir, tenemos la creencia de que si estamos muertos no podemos ser felices porque al carecer de sentidos no podemos percibir felicidad alguna. Pero, como muy bien explicaba Emil Cioran, al carecer de sentidos no podemos notar la ausencia de felicidad y placer, ya que para sentir la falta de algo tenemos que disponer de algún elemento con que percibir esa carencia. Pero cuando no existimos, señalaba Cioran, "*se elimina toda propiedad del ser*" y por tanto se elimina todo mecanismo (o sea, los sentidos) con el que sentir dicha privación de placer y felicidad. Si no tienes sentidos, si no tienes consciencia, no puedes sentir carencia alguna. Ése es precisamente el *nirvana* en la vertiente más extrema de la concepción oriental: la extinción total de la mente y los sentidos. Según Cioran, nuestro mayor bien está en la muerte y la quietud. Es un vacío, pero "un vacío de plenitud". Fue el propio Emil Cioran quien mejor supo expresarlo cuando dijo, más o menos, aquello de "No existir: qué espacio, qué libertad...". Aun así, parece que Cioran no llegó a comprender realmente qué es la consciencia, pese a quedarse a las puertas de entenderlo. Yo, por mi parte, estaba todavía increíblemente lejos de comprenderlo. No obstante, reconozco que aquellas palabras de Cioran causaron en mí un profundo impacto, ejerciendo un efecto casi visionario, si se me permite decirlo así. De hecho, se lo debo todo a aquellas palabras, porque fueron ellas las que me abrieron a una serie de reflexiones que desembocaron finalmente en un descubrimiento que cambió por completo mi manera de ver las cosas. ¿Qué había detrás de ese "vacío de plenitud" del que hablaba Cioran? ¿En qué consistía realmente esa profunda inconsciencia? Sentía que había algo detrás de todo esto y, de hecho, me obsesioné con ello. Durante mucho tiempo anduve abstraído pensando en torno a esta cuestión hasta que un buen día, de manera totalmente inesperada, lo entendí finalmente. Esto fue, traducido en palabras, lo que comprendí en un acceso de lucidez que me sobrevino repentinamente:

Imaginemos que hemos torturado a una persona durante horas hasta morir. Una vez muerto deja de sufrir. "*Ya no sufre*", decimos. Pero, ¿qué significa eso? Significa que está sintiendo paz. Pero surge una pregunta: ¿cómo puede un muerto, un ser inconsciente, sentir algo, sentir paz en este caso? ¿Cómo puede sentir ese no sufrir? Pues "no sufrir" es un acto de la consciencia. "No sufrir" sólo puede ser una propiedad de la conciencia. No sufrir es *sentir* paz. Para no sufrir, para sentir esa paz, tiene que haber "algo" que sienta esa paz, tiene que haber una consciencia que pueda gozar de ese no sufrir ya. En efecto, ese "algo" que erróneamente y de modo habi-

tual llamamos "inconsciencia" es en realidad la consciencia, la consciencia "no alterada" (denominémoslo así), la misma a la que pertenecíamos antes de nacer. Lo que habitualmente llamamos "inconsciencia" de modo incorrecto, no es otra cosa que la consciencia "no alterada", la consciencia en su estado primigenio y que queda sustancialmente alterada cuando nacemos. Siguiendo con el ejemplo anterior, cuando damos muerte a esa persona no hemos destruido su consciencia, ésta sigue existiendo pero la existencia de la misma se nos escapa sin tan siquiera sospecharlo, precisamente porque identificamos al difunto recién fallecido con lo que erróneamente denominamos inconsciencia o falta de conciencia. Ahora ya no sufre, por lo tanto su consciencia está sintiendo esa paz, es decir, no podemos suprimir esa conciencia, no puede desaparecer. Por tanto, tampoco podemos crearla pues nunca ha podido dejar de existir. Y si fuese aniquilada, igualmente seguiría sintiendo paz. En otras palabras, la consciencia no puede dejar de ser, por consiguiente no puede ser creada ni destruida.

De este modo tan sencillo como elegante, y sobre todo de la manera más inesperada, más insospechada, se resolvía así de un plumazo la demostración de la existencia indestructible del alma (o consciencia) y, al mismo tiempo, la ausencia o inexistencia de un Dios Creador. Al instante sentí aquella revelación o intuición como una verdad apodíctica, irrefutable, una verdad que no podía ser rebatida ni tan siquiera cuestionada. No puedo explicar con palabras la emoción que sentí al comprender esto. Acababa de asomarme al mayor de todos los misterios. De este modo quedaba resuelto para mí el misterio de la consciencia, o como también se le ha dado en llamar: el "problema mente-cuerpo" o "problema mente-cerebro". Mi argumentación por lo tanto, o la tesis a la que yo me adhiero, es que todo es consciencia y que no hay nada que tenga una existencia propia e independiente de la misma, incluidos el espacio y el tiempo.

Tradicionalmente, tanto las personas religiosas como los científicos siempre han cometido el error de imaginar dos realidades diferentes. Simplificándolo mucho, digamos que las personas religiosas creen en el mundo de la materia y el mundo del espíritu, un mundo material y un mundo espiritual. Por su parte, muchos científicos cometen también el mismo tipo de error imaginando dos realidades diferentes: el mundo de la materia o el mundo de los átomos, por un lado; y el mundo de la mente o la consciencia, por otro lado. Muchos científicos dicen que la mente es producto de la materia, que la mente es el resultado de la actividad de miles de neuronas. Pero este razonamiento sigue siendo complicar las cosas. No hay dos reali-

dades, no hay cuerpo y alma, como dicen las personas religiosas; ni tampoco materia y mente, como dicen muchos científicos. En realidad, es mucho más sencillo que todo eso, sólo existe una cosa y solamente una: la consciencia.

El físico británico Freeman Dyson, en su libro *“El infinito en todas direcciones”*, escribía: *“No sé lo que significa la palabra «materialismo». Como físico, considero que la materia es un concepto impreciso y anticuado. A grandes rasgos, la materia es la forma en la que actúan las partículas cuando están agrupadas en un gran número. Cuando examinamos la materia en sus detalles más sutiles mediante los experimentos de física de partículas, la vemos actuar más como agente activo que como sustancia inerte. Su funcionamiento es, en sentido estricto, impredecible. Parece que realizara elecciones arbitrarias entre posibilidades alternativas. Si comparamos la materia, tal como es observada en el laboratorio, con la mente tal como la observamos en nuestra propia consciencia, la diferencia no parece ser cualitativa sino sólo cuantitativa”*. Posiblemente este físico británico no sospechaba hasta qué punto sus palabras eran ciertas.

También existe en filosofía la teoría del "monismo neutral" que, dicho en cristiano, significa que todo el universo está hecho de una sola sustancia que no es ni materia ni espíritu; esta sustancia a veces se comporta como materia y otras veces se comporta como consciencia. Es decir, esta sustancia única, a veces adquiriría las propiedades de la materia pero otras veces adoptaría las propiedades de la consciencia. Pero esto también sigue siendo complicar las cosas, esto sigue siendo dar palos de ciego.

En nosotros ha predominado siempre la visión de dos realidades distintas, la existencia del cuerpo y del alma, o de materia y espíritu. Sin embargo, no hay cuerpo y alma, como sostenía la filosofía de Platón. A Platón le interesaba más bien el pensamiento puro, y no tanto el mundo exterior percibido por los sentidos. Para Platón, los sentidos (que forman parte de este mundo material imperfecto) sólo podían ser engañosos y nada fiables, sólo era fiable la razón. Los sentidos, imperfectos ellos, sólo podían por tanto privar al hombre del verdadero conocimiento. El mundo exterior percibido por los sentidos era considerado una copia defectuosa del más allá, un reflejo imperfecto del mismo. El mundo físico era para Platón un mundo voluble y cambiante, poco fiable, frente a las verdades inalterables y eternas reveladas por la razón, por el pensamiento puro. Nuestros sentidos son engañosos porque forman parte del cuerpo, el cual está unido o atado al mun-

do físico, a la materia; por el contrario, el alma y la razón pertenecen al mundo espiritual y por ello son las únicas que están capacitadas para acceder a las verdades eternas y universales. El alma de un filósofo, según Platón, sólo debía preocuparse de las auténticas verdades, del conocimiento místico, como las matemáticas por ejemplo, las cuales servían para acercar el alma al mundo suprasensible, de tal forma que ésta pudiera reencontrarse poco a poco con su naturaleza original. Más aún, para ir al cielo y liberarse para siempre del peso de la carne, para liberarse del cuerpo, el alma debía ejercitarse y entrenarse cultivando el conocimiento filosófico, sólo así se preparaba y purificaba el alma para acceder al más allá tras la muerte, purificada de la contaminación de la carne y de los engañosos sentidos que nos privan de la auténtica y verdadera realidad. Para Platón, la función de la filosofía era purificar el alma para separarla del cuerpo, preparándola para la muerte que consumará dicha separación. Por eso era tan importante practicar la filosofía (que se traducía en una disciplina moral e intelectual) para llevar una vida espiritualmente correcta.

Sin embargo, todavía hoy sigue siendo difícil sustraerse por completo a un cierto modo dualista de entender –o de sentir– la realidad, incluso entre personas que no profesan ninguna creencia religiosa. Muchos de nosotros seguimos estando todavía imbuidos de esta forma errónea y persistente de concebir la vida –o de sentirla al menos– de una manera dualista, de que hay dos realidades: materia y espíritu, o bien, el cuerpo y la mente. De estas dos realidades, materia y mente, cada vez ha ido ganando más terreno la idea de que es la primera la causa exclusiva de la segunda, siendo la mente completamente tributaria o dependiente de la materia, como parece demostrar el hecho de que una lesión en el cerebro o la ingesta de una potente droga pueden cambiar los pensamientos, las sensaciones y hasta la personalidad de un individuo. Esto ha contribuido a alimentar poderosamente la idea de la consciencia como un producto del cerebro. Es decir, del mismo modo que sin *hardware* no puede haber *software*, sin cerebro tampoco puede haber consciencia. Éste es, en definitiva, el punto de vista materialista. Largos siglos de discusiones bizantinas y enrevesados debates, con un lenguaje realmente envenenado, han hecho que el misterio de la consciencia se haya revelado de manera sistemática como un problema virtualmente irresoluble.

Para Platón, el alma podía sobrevivir al cuerpo y existir sin él. Para los teólogos cristianos, el alma y el cuerpo formaban una “unidad substancial”, una totalidad indivisible, de tal forma que el alma no podría separarse del

cuerpo sin quedar incompleta o desnaturalizada; ello no podía ser de otro modo, puesto que debían conciliar la existencia del alma con su fe cristiana, es decir, con su creencia en la resurrección de la carne. Los cristianos, de alguna manera, tenían un mayor apego por el cuerpo que por el alma y estimaban, en cierto modo al menos, más valioso el cuerpo que el alma, consideraban fundamental la resurrección de la carne en el día del Juicio Final, cuando las almas volvieran a unirse a sus cuerpos, cuando volviese cada individuo a recuperar su antiguo soporte físico. Es decir, para el cristianismo, y más aún para el judaísmo (los antiguos hebreos sólo creían en la resurrección del cuerpo pero no en la existencia del alma, idea que tomaron posteriormente de los griegos), el más allá no era muy diferente del mundo material o corporal, a diferencia de lo que creía Platón, ya que para el filósofo griego la materia era algo propio de un mundo imperfecto que no podría existir en el más allá. Según santo Tomás de Aquino, el alma – aun cuando ésta sea nuestra parte más elevada– está constitutivamente hecha o diseñada para habitar en un cuerpo y formar una unidad indisoluble con él. Para santo Tomás, una lesión en el cerebro o la administración de una potente droga no habrían probado en absoluto que la materia es la causa de la consciencia; antes bien, ello confirmaría que, de la misma manera que el alma influye en el cuerpo, así también el cuerpo puede influir en el alma. El ser humano ocupaba así un lugar intermedio entre los ángeles (espíritus puros) y los animales, que carecían de un alma inmortal.

Por su parte, los que defienden un materialismo reduccionista o extremo cargan el acento en la materia exclusivamente, en el mundo físico, afirmando que la mente no sería más que un simple accidente o consecuencia de la materia, del cerebro, lo cual es poco satisfactorio intelectualmente a la hora de explicar ciertas cosas. Este materialismo extremo (que es, creo yo, la visión dominante o hegemónica en el mundo científico actual) considera, en definitiva, que el fundamento último de la realidad es puramente material o físico, es decir, la súbita aparición de la consciencia a partir de la organización de la materia sería una “propiedad emergente”, como lo llaman los científicos. Las "propiedades emergentes" son aquéllas que están ausentes en los componentes considerados por separado pero que a veces surgen o aparecen cuando estos elementos se unen eventualmente (es decir, si se da el caso, si se da la eventualidad), haciéndose más complejos, como por ejemplo el caso de dos sustancias químicas que por sí solas carecen de determinadas propiedades pero que al combinarse adquieren unas propiedades nuevas de las que carecían por separado. Por ejemplo, el agua tiene unas propiedades que no podrían aparecer jamás en sus componentes indi-

viduales, el oxígeno y el hidrógeno. Quizás el ejemplo típico por antonomasia de “propiedad emergente” que suelen poner los científicos sea el de la consciencia a partir del cerebro. Es decir, una sola neurona no puede producir consciencia pero miles de neuronas unidas forman una orquesta, la sinfonía que ejecutan sería la consciencia. Una explicación muy hermosa de lo que es una propiedad emergente sería –el ejemplo no es mío– el de una bandada de pájaros. Es decir, un pájaro por sí solo no puede crear figuras en el aire, sin embargo una bandada de pájaros, el conjunto de cientos o miles de aves en el cielo, sí puede hacerlo, manifestando de esta manera una propiedad emergente que surge súbitamente del conjunto de aves, la de hacer figuras en el aire. Otro ejemplo lo tendríamos en cualquiera de los órganos de nuestro cuerpo (el hígado o el corazón, pongamos por caso) realizando una función completamente nueva, distinta a la de las células individuales que lo integran y que éstas por separado no podrían llevar a cabo, generando un comportamiento global o colectivo perteneciente a un nivel superior distinto al de sus componentes individuales. Otro ejemplo lo tendríamos en un termitero. Por ejemplo, si observamos las características de los gigantescos termiteros de arcilla de varios metros de altura con sus arcos, bóvedas, columnas, etc. que construyen las termitas en las sabanas africanas, se diría que han sido construidos por una inteligencia superior a la de las propias termitas consideradas individualmente. Cada uno de estos termiteros, cuyo peso puede llegar a medirse en toneladas, es una fortaleza perfectamente climatizada a resguardo de los rigores externos y que funciona además como un pulmón, de tal forma que el dióxido de carbono sale al exterior dejando paso a su interior al aire nuevo oxigenado. Dos o tres termitas no son capaces de organizar nada importante pero cuando se congregan muchas de ellas, empiezan a funcionar como una sola mente, como una mente superior. Es como si toda la colonia conectase con una especie de consciencia colectiva capaz de generar un orden superior. Es algo que impresiona bastante. Las propiedades emergentes, tal y como he venido explicando, son las propiedades que los componentes individuales por sí solos no pueden manifestar, ya que sólo pueden surgir o presentarse cuando aquéllos se unen formando un conjunto, generando una estructura y un comportamiento distintos del de sus componentes. La propia evolución del universo es, de hecho, un proceso continuo de aparición de nuevas propiedades emergentes cada vez más complejas y, por lo tanto, imposibles de predecir o imaginar. Algunos aseguran que la sinergia o colaboración entre las diferentes disciplinas científicas dará lugar en el futuro a unas propiedades emergentes nuevas, imposibles de predecir a partir de aquéllas, cuyas

consecuencias para la Humanidad ni tan siquiera alcanzamos a imaginar hoy día.

Esta visión de la consciencia como “otra propiedad emergente más de la materia” es quizás la predominante hoy en día. De este modo, la consciencia ha ido perdiendo poco a poco, en un proceso gradual, el poco ámbito de autonomía que le quedaba respecto de la materia. Sin embargo, “las neuronas no piensan”, sino que es más bien lo contrario: “las neuronas son pensadas”. Esto está en consonancia con el hecho de que nuestra consciencia es anterior a nuestro nacimiento y, por tanto, anterior a nuestro cerebro. No es el cerebro el que crea la consciencia, sino que es la consciencia la que crea el cerebro. La *navaja de Occam* nos recuerda que “no hay que multiplicar innecesariamente los entes”, o bien, “es absurdo explicar con más lo que puede explicarse con menos”.

El materialismo es enormemente insatisfactorio a la hora de explicar ciertas cosas. La idea de que la consciencia es una propiedad *que emerge de la materia*, no deja de ser en el fondo una forma de dualismo, aunque muy sutil. Por ello, el materialismo sigue siendo “multiplicar innecesariamente los entes”, sigue siendo un dualismo disfrazado; en definitiva, sigue siendo complicar las cosas, aunque pretenda convencernos de lo contrario. Porque no hay nada que emerja, no hay ninguna propiedad que tuviese que surgir o aparecer un buen día a partir de la materia. La consciencia no era una propiedad que debía esperar a que la materia alcanzase una determinada forma o disposición, pues ya estaba ahí desde siempre (la consciencia no puede ser creada). Ésta es la razón por la cual los postulados materialistas resultan totalmente insatisfactorios a la hora de justificar la consciencia, y algo nos dice que resultan insuficientes a la hora de explicar, por ejemplo, la sensación de percibir el aroma de un perfume. Nos quejamos, con razón, de que no hemos llegado así al fondo de la cuestión. Es obvio que el materialismo jamás podrá resolver el misterio de por qué existe la consciencia. Decía el científico británico Rupert Sheldrake que “*la doctrina central del materialismo es que la materia es la única realidad. Por tanto, la consciencia no debería existir. El mayor problema del materialismo es que la consciencia existe*”. Los filósofos materialistas intentan eliminar por todos los medios toda concesión al dualismo, pues consideran que la hipotética existencia de un alma fuera del cerebro material contribuye a perpetuar el misterio (y porque ello iría, además, en contra de la ley de conservación de la energía, como también suelen argumentar). Irónicamente, los materialistas son los mayores defensores del dualismo que dicen –o creen– eliminar.

Rupert Sheldrake también hace mención de esto en sus libros. Sin percatarse de ello, los científicos materialistas introducen "por la puerta de atrás" el mismo dualismo que intentan refutar. Ellos creen que la explicación materialista de la consciencia es lo único que elimina el misterio, cuando es justo todo lo contrario. La explicación materialista de la consciencia es lo que realmente ha contribuido a perpetuar el misterio, introduciendo un dualismo realmente insidioso, en el sentido en el que los médicos utilizan a veces esta palabra, como esas enfermedades "insidiosas", es decir, difíciles de detectar o diagnosticar, de las que no aparecen los primeros síntomas hasta que se hallan en fase muy avanzada.

Entre aquéllos que defienden las tesis materialistas hay quienes afirman que la mente no es más que un subproducto del cerebro, un "epifenómeno" lo llaman ellos. Es decir, un brazo puede proyectar una sombra en el suelo, pero ésta no puede influir en el brazo, la sombra sería por lo tanto un simple "epifenómeno" de aquél. O, por mencionar otra de esas imágenes alegóricas que han usado los científicos, de igual modo que el murmullo de un arroyo es solamente la consecuencia del agua que corre, también la mente, aunque distinta del cerebro, no sería más que un subproducto o efecto secundario de éste. El cerebro sería la causa de la mente, de la misma manera que el arroyo es la causa del murmullo. Y así como el murmullo no puede influir en el arroyo, tampoco la mente –según este punto de vista– puede ejercer influencia alguna sobre el cerebro, ya que aquélla es enteramente el producto de él. Pero entonces, ¿cómo se explica que el efecto placebo pueda curar una enfermedad (a veces incluso mejor que los propios medicamentos)? ¿O cómo se explica que algunas personas, bajo hipnosis, hayan conseguido curar algunas dolencias? Para mí, resulta evidente que es la consciencia la que está detrás de todos y cada uno de los procesos físicos y biológicos.

Y no sólo el cerebro es producto de la consciencia, sino toda la realidad. Los objetos no existen realmente como tales, es decir, los objetos se hacen "materia" sólo dentro de nuestra mente como una ilusión sensorial. Aunque, a efectos prácticos, podemos hablar perfectamente de materia y cuerpos físicos en nuestra vida cotidiana.

Lo que vulgarmente llamamos "inconsciencia" no es sino nuestra consciencia cuando no se halla alterada. Y lo que de manera coloquial llamamos "consciencia", no es otra cosa que la "mente", es decir, la consciencia en un estado alterado. En definitiva, lo que vulgar y cotidianamente llamamos "estar vivo" o "estar despierto". Repito, la mente es la consciencia alterada.

Ésta es, en mi opinión, la definición correcta de "mente". Y lo que solemos llamar "estados alterados de consciencia" en realidad no son sino estados sub-alterados a partir del auténtico y genuino estado alterado originario que habitual y cotidianamente llamamos "estar vivo" o "estar despierto" (la vida, por tanto, es un estado alterado de consciencia). Aunque coloquialmente, es casi inevitable, acostumbramos a utilizar las palabras "mente" y "consciencia" como términos intercambiables, como meros sinónimos. Sin embargo, hay que decir que, en realidad, la mente es sólo un aspecto de la consciencia, la mente sólo es una propiedad o una faceta más de la consciencia (la cual erróneamente identificamos exclusivamente con la consciencia mental).

En Occidente solemos pensar que la consciencia sólo puede ser "consciencia de algo", que sólo podemos ser "conscientes DE". Sin embargo, para la filosofía Vedanta puede haber consciencia sin contenido alguno.

El ser humano, por naturaleza, sigue teniendo todavía una terrible dificultad en suprimir la idea de Dios, convirtiéndolo en algo necesario. Nos resulta difícil comprender que precisamente para que el alma exista ésta no puede ser creada. El alma (algunos tal vez prefieran el término "consciencia") existe precisamente porque no ha sido engendrada. No estamos en este mundo sobre la base de un plan divino, sino sencilla y llanamente porque nuestra consciencia ha existido desde siempre y no puede desaparecer. La nada de la que venimos y a la que retornaremos no es otra cosa que la consciencia en su estado primigenio, la consciencia no alterada a la que pertenecíamos antes de nacer.

**La consciencia no puede ser creada; por tanto, nada puede ser anterior a ella.** Todo lo que existe y todo lo que percibimos no es más que aquélla manifestándose u obrando de múltiples formas. Y si la consciencia no puede ser creada, entonces huelga hablar de Dios, Dios no es necesario. Con Él o sin Él, nuestra consciencia sigue siendo igualmente eterna e indestructible. Que nada es anterior a la consciencia, debería haber sido la base para toda certeza posterior que tanto anhelaba encontrar Descartes.

Como bien sabe todo el mundo, todavía hoy sigue habiendo matanzas y persecuciones en nombre de Dios. Según he leído, cerca de 500 millones de personas en más de un centenar de países padecen a diario, en uno u otro grado, las terribles consecuencias y estragos del extremismo religioso. Mi homenaje a todos ellos, compañeros y hermanos en la búsqueda de la ver-

dad. Ojalá algún día la Humanidad quede vacunada para siempre contra toda clase de sectarismo.

El físico Erwin Schrödinger en su libro "Mente y materia" escribía lo siguiente: *"Después de Spinoza, el genio de Gustav Theodor Fechner no se negó a atribuir un alma a una planta, a la Tierra como cuerpo celestial, al sistema planetario, etc. No comulgo con estas fantasías, pero tampoco desearía tener que juzgar quién se ha acercado a una verdad más profunda, Fechner o el desastre racionalista"*.

Una roca no parece ser un producto de la consciencia en ningún sentido. Sin embargo, si buceamos ahondando cada vez más en la estructura subatómica de una roca, en la de un árbol o en la de un ser humano, las diferencias entre ellos empiezan a diluirse, a nivel subatómico no parece haber ya modo de distinguirlos. No parece entonces demasiado ocioso preguntarse por qué lo que da origen al cuerpo de un ser humano y lo que origina una roca o un árbol puedan tener como nexo de unión a la mente humana. Decía Albert Einstein que *"lo más incomprensible del universo es que sea comprensible"*. Sin embargo, cuando comprendes que todo es consciencia, esto es algo que ya no resulta tan extraño.

Es cierto que en Occidente ha habido intelectuales que se acercaron enormemente a la comprensión del misterio de la consciencia. En este sentido me viene a la memoria, por ejemplo, el caso del filósofo alemán Martin Heidegger. Creo que Heidegger estuvo (si yo no lo entendí mal) bastante cerca de llegar a comprender el enigma de la consciencia cuando hablaba de que el mundo y todas las cosas que nos rodean atraen nuestra atención desviándonos de nosotros mismos, de lo que somos realmente. Según Heidegger, nuestro verdadero ser es la nada, la muerte, la cual forma parte de la esencia misma del ser. Heidegger se preguntaba cómo se podría apresar con el pensamiento lo que hay detrás del ser. Sentía que somos impotentes, no ya para obtener la respuesta, sino incluso para plantear la pregunta. Incluso si consiguiésemos vertebrar una respuesta, casi por el hecho mismo de hacerlo nos estaríamos quizá alejando ya del verdadero misterio, es decir, como si éste fuese inabordable. Heidegger buscaba cómo podríamos al menos acercarnos, lo máximo posible, a ese misterio, a esa pregunta por el ser, para poder así dar el siguiente paso. Esa "inconsciencia" que somos antes de nacer, esa "inconsciencia" a la que pertenecíamos antes de ser arrojados al mundo, ese estado de mera posibilidad que precede a cada criatura antes de ser engendrada, le parecía insondable. Su mente sentía la necesi-

dad de traducir o verbalizar este misterio de algún modo, de penetrar en el mismo, un misterio que él parecía sentir o intuir de alguna forma, aunque su lenguaje abstruso no parece ayudar mucho. Heidegger dejó su principal obra interrumpida, inacabada; es decir, como si no hubiera palabras suficientes para explicar ese misterio, como si el misterio del *ser* fuese algo inabarcable o insoluble. Pero Heidegger no llega a comprender que la nada o la muerte que nos constituye, la nada de la que venimos y a la que retornaremos, no es otra cosa que la consciencia en su estado primigenio, la consciencia "no alterada" a la que pertenecíamos antes de nacer. Cuando Heidegger piensa en la nada en la que nos convertimos tras la muerte como nuestra verdadera realidad, no advierte que esa nada que fundamenta el ser, la nada que hay detrás del Hombre y lo precede, la nada de la que provienen los entes, esa nada de la que procedemos, en realidad no es otra cosa que la consciencia "no alterada", la única respuesta posible al misterio de quiénes somos y de dónde venimos. ¿Qué es lo que hace que algo pueda "existir" (del latín "ex-sistere": salir o situarse fuera de la nada)? ¿Y en qué consiste esa *nada* de la que salió todo?, ¿o qué es exactamente aquello que sale de la misma? El ser humano trasciende la nada de la que procede, la nada que lo contenía, porque en ésta se hallaba su esencia misma. En esa nada que antecedió a nuestro nacimiento, esa nada que fuimos antes de salir a la existencia, ahí se ocultaba nuestro ser. En otras palabras: la consciencia sólo puede surgir de la consciencia. La "inconsciencia" que somos antes de nacer (o sea, la consciencia primigenia, la consciencia "no alterada") era ese *ser* oculto tras los entes que buscaba Heidegger, el *ser* que tanto le obsesionó; en definitiva, el misterio de la existencia que durante toda su vida trató de descifrar y comprender.

Recuerdo también al escritor belga Maurice Maeterlinck (quizás más famoso por haber escrito un libro titulado "La vida de la abejas") que en su libro "La muerte" escribía: *"El aniquilamiento total es imposible. Somos prisioneros de un infinito sin salidas donde no perece nada, sino que se dispersa, sin perderse nada tampoco. Ningún cuerpo, ni una idea o pensamiento puede caer fuera del universo"*. En realidad, de estas palabras a la comprensión del misterio de la consciencia no hay más que un paso. Es decir, cuando no existimos somos "inconsciencia", la cual es otra de nuestras posibilidades dentro de este universo. Pero, ¿qué es exactamente esa inconsciencia, en qué consiste realmente eso que designamos como "in-consciencia"? Ahora ya sabemos lo que se esconde realmente detrás de eso que vulgarmente, y de manera impropia, llamamos "inconsciencia". Ahora ya comprendemos qué es eso que inadvertidamente zanjamos denominándolo "inconsciencia", despachándolo sin más.

¿Por qué existe algo y no nada? Pues porque lo que existe (es decir, la consciencia) es algo que no puede ser creado. La consciencia existe precisamente porque no podría ser generada o engendrada, no puede tener un comienzo aquello que existe desde siempre, aquello que es increado e indestructible. La consciencia es anterior a todo, incluidos el espacio y el tiempo, los cuales son manifestaciones de aquélla. Por su parte, los astrofísicos también nos recuerdan que el tiempo y el espacio no han existido siempre. Platón y san Agustín ya especularon sobre la posibilidad de una Eternidad atemporal, una existencia sin tiempo. El filósofo griego diferenciaba entre "Eternidad" y "tiempo", siendo éste último una copia imperfecta de aquélla. Del mismo modo que el mundo era para Platón una copia desvirtuada o espuria del más allá, por idéntico motivo el "tiempo" también tenía que ser, por consiguiente, una copia imperfecta de la Eternidad, la cual, según lo entendía Platón, era estática e inmutable en su perfección. Es decir, para el filósofo griego, la Eternidad es una dimensión temporal que no fluye, que no transcurre. El "tiempo", por el contrario, es una copia defectuosa, un remedo, una mediocre imitación de la Eternidad; por ello, el "tiempo", en su imperfección y en su intento por reflejar esa "Eternidad que no transcurre", no puede evitar fluir o moverse, a diferencia de la objetiva, inmutable y estática Eternidad que no transcurre. Esta profunda abstracción de Platón, en consonancia con su pensamiento filosófico, del "tiempo" como algo relativo y cambiante, y de la Eternidad como un no-tiempo, es de enorme belleza intelectual. Según Platón, el tiempo habría nacido con el universo y también deberá desaparecer junto con él. La realidad, en última instancia, en sus fundamentos, sería atemporal, estaría fuera del tiempo.

Mi punto de vista es que el tiempo y el espacio son una realidad ilusoria, en el sentido de que no tienen una existencia propia e independiente de la consciencia que los origina.

Según el budismo, toda la realidad está hecha de lo que podríamos denominar entidades sin substancia, sin realidad propia. Esto no quiere decir que la realidad no exista, sino que nada posee una esencia individual y perdurable o una realidad propia e independiente. Por ejemplo, y según esto, nuestras sensaciones y pensamientos, nuestra identidad, nuestro ego, no tienen una existencia absolutamente real, en el sentido de que todos nuestros pensamientos y sensaciones son el resultado de múltiples causas que nos han traído a este mundo, somos el producto de multitud de circunstancias y de causas que han hecho posible la existencia de nuestra identidad, de nues-

tro sentido del "yo", de nuestro cuerpo, etc. Por tanto, no tenemos una existencia nuestra propia, es decir, no poseemos una existencia independiente del conjunto de causas que nos han traído a este mundo; todos nuestros pensamientos y sensaciones son el producto o resultado de múltiples y constantes factores externos, de un sinfín de causas, sin las cuales ni siquiera estaríamos aquí preguntándonos sobre ello. Nuestra identidad, nuestro ego y todas las cosas que nos rodean no tienen una existencia suya propia, no tienen una existencia independiente, pues nuestro cuerpo y nuestra mente dependen de innumerables condicionantes para poder estar aquí, para poder existir. Así pues, nuestra vida no es más sólida ni más duradera que cualquiera de los factores y circunstancias que la sostienen y que contribuyen a hacer posible que seamos lo que ahora somos. El budismo considera que ni siquiera el alma tiene substancialidad o entidad propia; el budismo no cree en la existencia del alma, cuya realidad considera en todo caso que puede ser igualmente aniquilada. Pero el budismo no ha comprendido la existencia del alma porque no ha sido capaz de entender o no ha sabido esclarecer que hay una esencia indestructible que permanece tras la muerte: la consciencia "no alterada" que somos antes de nacer. El budismo, en mi humilde opinión, no ha comprendido que la consciencia no puede estar sujeta a ninguna originación ni tampoco a finalización alguna, la consciencia no puede ser creada ni destruida. Lo que se crea y se destruye tan sólo son sus manifestaciones.

Decíamos que, según el budismo, todo lo que existe está relacionado y es interdependiente, por tanto, las cosas no tienen una existencia independiente del sujeto que las percibe. Así, de igual modo, la persona que percibe no tiene una realidad o existencia propia e independiente de las cosas percibidas, pero esto no quiere decir que el alma o consciencia sea una entidad sin substancia; de hecho, la consciencia es indestructible, lo único indestructible. El concepto de *anatman* –idea central en el budismo– en realidad nace de una comprensión defectuosa de la consciencia. El concepto de *anatman* (literalmente, "an atman" = no alma) afirma que no existe el alma, que no existe una esencia permanente que subyazga en cada uno de nosotros, siendo todo nuestro ser algo así como una apariencia irreal, una colección de agregados sin sustancia, una colección de factores y circunstancias efímeros e interdependientes que nos han traído hasta aquí y nos hacen ser lo que ahora somos. Según esta concepción, nuestra presunta alma (o consciencia) sería a lo sumo, al igual que el resto de cosas, otra entidad más sin substancia, es decir, sin una esencia perdurable y que, por consiguiente, puede ser igualmente destruida o extinguida como todo lo demás. El con-

cepto de *anatman* echó hondas raíces en el budismo, aunque no todos los budistas lo aceptaron como un dogma de fe. De todos modos, el budismo – creo yo – no ha sabido dilucidar o esclarecer en qué consiste la naturaleza de ese "vacío" sobre el que descansa toda la realidad y del cual surge todo, es decir: la consciencia "no alterada", la consciencia originaria. El budismo afirma que todo es "vacío"; pero, en mi humilde opinión, no parece que haya conseguido verlo o entenderlo correctamente y descubrir qué se ocultaba realmente detrás de ese "vacío", a saber: la consciencia primigenia, la consciencia "no alterada". Ello no obstante, hay que decir que algunos filósofos budistas sí han sabido interpretar ese "vacío" como pura consciencia.

Los cuadros (entes) no existirían sin el pintor (otro ente). Son los cuadros los que hacen que el pintor *sea* (un pintor sin ningún cuadro pintado no puede ser un pintor); asimismo, es el pintor el que hace que los cuadros *sean* (sin pintor no habría cuadros). No es posible separar al pintor de los cuadros, ni a éstos del pintor. Ésta es la interdependencia total y absoluta entre todas las cosas que tan a menudo nos recuerda el budismo. Por decirlo de otro modo: cuando yo escribo este artículo, no soy yo solamente quien lo escribe, sino que es todo el universo a través de mi mano el que lo hace. Así pues, yo no soy realmente el autor del mismo, coautor tan sólo. Ni siquiera el idioma en el que lo redacto es obra mía, es la lengua materna que aprendí de niño. Todas las cosas son interdependientes. Todos los fenómenos son a la vez causa y efecto de otros fenómenos. Creo que alguien lo comparó con aquella famosa litografía del artista holandés M. C. Escher titulada "Manos dibujándose". En dicha imagen aparecían dos manos. Cada mano dibujaba a (y era dibujada por) la otra mano al mismo tiempo, siendo así que cada mano era simultáneamente la causa y el efecto de la otra mano.

Esa presencia oculta o esa nada que hay entre el pintor y los cuadros es anterior a los entes (el pintor y los cuadros) y es lo que hace posible que éstos *sean*. Es decir, esa nada es la que se manifiesta al mismo tiempo como una presencia (los cuadros y el pintor) pero al mismo tiempo como una trascendencia que se oculta y que parece inefable, ni tan siquiera abordable, algo inaprensible pero necesario, pues es lo que hace que las cosas sean. Esa nada que hay tras el pintor y los cuadros, ese "vacío" cuya omnipresencia consiste en no dejarse ver, en ocultarse detrás de todo y que hace posible que todas las cosas sean, ello no es sino la consciencia "no alterada", la consciencia originaria de la que proviene todo. Sin esa nada que nos precede (es decir, sin esa "inconsciencia" a la que pertenecíamos antes de nacer)

ningún ente podría existir, ninguno de nosotros podría haber nacido jamás, ya que la consciencia es ingénita, increada. La ciencia no puede seguir buscando una trascendencia o una realidad que estén más allá o por encima de la consciencia. Ya no queda ninguna instancia superior a la que remontarnos, la consciencia es la base de todo.

Recuerdo una de aquellas rocambolescas aventuras del barón de Münchhausen (calificado por alguien como "el mayor embustero de la historia de la literatura"), quien fue capaz de sostenerse suspendido en el aire sin necesidad de recurrir o aferrarse a nada, tan sólo agarrándose a su propia cabellera. Tras hundirse en un pantano a lomos de su caballo estuvo a punto de morir ahogado de no ser por una "providencial" ocurrencia: "[...] *y caí en el lago, en que me hundí hasta el cuello. Allí habría perecido infaliblemente si con la fuerza de mi brazo no hubiera tirado de mi coleta, sacándome a mí y a mi caballo, al que estrechaba fuertemente entre mis piernas*". También la consciencia es el sostén de ella misma.

A nivel subatómico la realidad parece profundamente indeterminista, mucho más impredecible todavía que el mundo macroscópico que podemos ver y tocar. Esto es algo muy misterioso, es como si nada estuviese decidido de antemano. Es como si la consciencia estuviese a cada momento creando toda la realidad. A veces me he preguntado si las leyes de la física, tal vez, pudieran no estar definitivamente escritas de antemano y para siempre. A nivel subatómico suceden cosas muy extrañas que desafían la lógica y van en contra del sentido común. Por ejemplo, el fenómeno de la "superposición cuántica" según el cual una partícula subatómica puede ocupar varios lugares distintos a la vez, o el poder de una partícula de ir a la derecha y a la izquierda... ¡al mismo tiempo! Otro fenómeno que sucede a nivel subatómico realmente extraño es el denominado "entrelazamiento cuántico", según el cual dos partículas que han estado en contacto parecen poder seguir en comunicación (sea cual sea la distancia que medie entre ellas) después de haber sido separadas; de tal forma que lo que le sucede a una partícula se transmite al instante, ipso facto, a su partícula "gemela", aun cuando ambas partículas estuviesen a miles de millones de años luz de distancia la una de la otra. El "entrelazamiento cuántico" sugiere por lo tanto que el espacio no existe. Según lo veo yo, es la consciencia la que crearía el espacio.

Un experimento clásico y muy conocido es el "experimento de la doble rendija". Es una célebre y curiosa demostración en donde un electrón emitido contra una placa con dos ranuras se convertía en una onda justo al acer-

carse a la placa, de tal forma que atravesaba ambas ranuras al mismo tiempo como por arte de magia; pero cuando ese electrón era observado se materializaba, convirtiéndose en una partícula física concreta y comportándose como tal, atravesando una sola ranura, exactamente tal y como lo haría una pelota o cualquier objeto macroscópico de nuestra vida cotidiana regida por las leyes de Newton. En otras palabras, era como si el electrón estuviera desdoblado, comportándose como una onda y encontrándose en varios sitios al mismo tiempo al cruzar ambas ranuras a la vez, pero cuando era observado se convertía en una partícula definida, ocupando un lugar y un instante concretos. Resultaba así que los diminutos corpúsculos que componen la materia podían, sorprendentemente, comportarse no sólo como partículas sino también desmaterializarse y convertirse en ondas, ocupando así en el espacio más de una posición al mismo tiempo antes de que el acto de observarlas las obligara a materializarse. Era algo muy extraño y misterioso, algo totalmente insólito, difícil de entender y de explicar pero que dejó desconcertados a los físicos. El mero acto de medir u observar parecía modificar la realidad física, era como si la consciencia crease y materializase la realidad. El célebre experimento de la doble rendija (en donde el observador podía "colapsar la función de onda" –como lo llaman los científicos–, es decir, hacer u obligar a que se materialice una partícula potencial que sólo existía en un estado de mera probabilidad) parecía poner de manifiesto cómo la consciencia era capaz de influir, modificar y, en definitiva, incluso –tal vez– crear la realidad. Las implicaciones de todo esto resultaban extrañas e incomprensibles.

En el nivel más recóndito, el nivel subatómico, ese escurridizo reino de la realidad que estudia y describe esa rama de la ciencia denominada física cuántica, en ese nivel donde parecen dejar de existir las leyes que rigen nuestro mundo macroscópico de la vida cotidiana, allí la materia como tal no existe todavía, nada se ha materializado ni concretado aún. Es un reino mágico en donde suceden fenómenos demasiado inconcebibles para el sentido común. Este mundo subatómico es tan extraño que los propios científicos no parecen ponerse de acuerdo en qué significa realmente. La materia y todas sus partículas tienen su origen y afloran desde ese mundo oculto y misterioso, el cual no es sino un océano infinito de consciencia del que proviene todo.

Al físico alemán Albert Einstein no le gustaba la mecánica cuántica, a la que consideraba una teoría incompleta, una teoría a la que le faltaba algo. Einstein no aceptaba que la realidad fuese en última instancia indeterminis-

ta, como sugería la teoría cuántica. Einstein creía que cuando se descubriesen esas "variables ocultas" que faltaban, entonces la teoría cuántica dejaría de ser indeterminista y se demostraría finalmente que el universo está mecánicamente predeterminado y que "*Dios no juega a los dados*", como él solía decir metafóricamente. Para Einstein, el universo tenía que ser una perfecta máquina de precisión sin el más mínimo lugar para el azar y en donde todo estaría predeterminado; y además, un universo cuya existencia real, cuya existencia física, tenía que ser forzosamente independiente del observador. Sin embargo, Einstein nunca imaginó que esa "variable oculta" que faltaba era precisamente la consciencia, principio y final de todo.

El fenómeno del "entrelazamiento cuántico" sugiere que, en el nivel más profundo, la realidad es "no local" (como lo llaman los científicos) no sólo en el espacio, sino también en el tiempo. Es decir, al nivel más profundo de la realidad no hay nada que esté separado del resto de las cosas ni en el espacio ni en el tiempo. No es, por lo tanto, nada extraño que a veces el presente, el pasado y el futuro parezcan coincidir o convivir juntos, por la sencilla razón de que, en realidad, el futuro, el presente y el pasado, en última instancia, en último término, tampoco pueden estar separados; de la misma manera que al nivel más profundo de la realidad dos lugares son también el mismo sitio, por muy separados que estén en la realidad macroscópica de nuestra vida cotidiana, porque, en rigor de verdad, al nivel más profundo de la realidad no existen ni el espacio ni el tiempo. El último y más profundo nivel de la realidad es "no local", es decir, la dimensión última de la realidad no está en ningún lugar, ni del espacio ni del tiempo, precisamente porque todo es consciencia. En este sentido, ya no deberían resultar tan inexplicables ni misteriosos ciertos fenómenos aparentemente extraños. Por ejemplo, el psicólogo Daryl Bem diseñó unas pruebas experimentales en donde, al parecer, se pudo comprobar cómo a los participantes les resultaba más fácil memorizar *en el presente* (de una primera lista de palabras que se les mostró) aquellas mismas palabras con las que se volverían a encontrar *en el futuro*. Las palabras con las que se encontrarían en el futuro (una segunda lista de palabras elegidas al azar por una computadora) fueron precisamente aquéllas que habían recordado mejor en el examen que hicieron con anterioridad, o sea, de la primera lista de palabras. ¿Por qué las palabras que recordaron ostensiblemente mejor en el examen fueron aquéllas mismas que aparecerían al azar en una segunda lista de una sesión posterior? Era como si, de algún modo, los participantes estuvieran ya familiarizados con aquellas palabras que aparecerían *en el futuro*, las mismas que habían recordado mejor *en el presente*. Es decir, era como si el futuro

hubiera estado influyendo en el presente, y no al revés; o sea, como si no hubiese una verdadera separación entre éstos.

En referencia a ciertos fenómenos paranormales, el psicólogo suizo Carl Jung afirmaba que *"la psique en ocasiones funciona más allá de la ley de causalidad espacio-tiempo"*. También decía Carl Jung: *"Parece como si el espacio y el tiempo dependieran de condiciones psíquicas y no existieran en sí mismos, sino que fuesen sólo 'puestos' por la conciencia"*. En este sentido, recuerdo haber leído un artículo, cuyo autor se llamaba Francisco Traver, quien hacía mención de cómo a veces existen sucesos que *"pueden enlazarse más allá del tiempo, allí donde no hay un antes y un después"*. Narraba una interesante anécdota personal bastante ilustrativa a este respecto y que transcribo a continuación:

*"Un día –no muy lejano– soñé con un conocido mío (ni siquiera un amigo) que no veía en mucho tiempo, más concretamente no había vuelto a verle desde nuestros tiempos de adolescencia. Aparecía en uno de mis sueños aunque no recuerdo ninguna intencionalidad y tampoco recuerdo el sueño ni su guión, sólo recuerdo que esta persona aparecía en mi sueño. Al día siguiente le vi por la calle, nos saludamos, nos pusimos al día de nuestras obligaciones cotidianas y al cabo de un par de minutos nos despedimos. Desde entonces no le he vuelto a ver. Me quedé pensativo sobre aquella "casualidad". Pues no disponemos de otra palabra para nombrar este tipo de acontecimientos, por otra parte muy frecuentes y que reciben el nombre de "casualidades significativas". [...] Fue precisamente Jung el que describió este fenómeno al que llamó sincronicidad: es como si el pasado de mi sueño y el presente de mi reencuentro con esta persona se hallaran relacionados por algún tipo de causa oculta. En realidad son eventos atemporales (acausales) en el sentido siguiente: no es que yo soñara antes con esta persona y más tarde me lo encontrara en la calle. No hay un antes y un después a pesar de que para mí el sueño es anterior al encuentro en la calle, **sino que el sueño y el encuentro son el mismo evento**".*

Otros experimentos de Daryl Bem llevados a cabo con estudiantes (quienes presentaban siempre un mayor número de aciertos a la hora de intentar adivinar en qué lugar aparecerían una serie de futuras imágenes –que iban a ser aleatoriamente elegidas por una computadora– cuando éstas eran pornográficas, pero un porcentaje de aciertos siempre inferior cuando esas futuras imágenes eran emocionalmente neutras) parecían demostrar que la precognición, o algo parecido a lo que entendemos como tal, quizás no sea

del todo imposible, al menos en algunos casos. Se llegó a decir que los experimentos de Daryl Bem daban a entender dos cosas: que la consciencia puede también acceder a la información sin la ayuda del cerebro material y, además, sin necesidad de recurrir al paso del tiempo para conseguir dicha información. En otras palabras, la consciencia de aquellos voluntarios parecía mostrar un cierto grado de habilidad, al menos cuando se trataba de adivinar imágenes pornográficas, en acceder a la información del futuro, operando para ello al margen de la materia, al margen del cerebro; y también, al margen del tiempo, puesto que los sentidos del cerebro se supone que sólo podían tener acceso a la información del presente pero no a la información del futuro. Es decir, era como si la consciencia de aquellos participantes pudiese procesar no sólo información "local" suministrada por los órganos sensoriales, sino también una información "no local", o sea, como si la consciencia hubiera también accedido a una información que sólo podía estar más allá de los órganos sensoriales del cerebro y más allá del tiempo presente.

Para los teólogos, solamente Dios puede estar fuera del tiempo; sin embargo, nuestra consciencia también lo está, aunque nos pueda resultar increíble, y sin duda lo es.

Tal y como vengo sosteniendo en este artículo, la consciencia es anterior al cerebro. No me sorprenden lo más mínimo esas historias de pacientes intervenidos en un quirófano que, tras la operación, narraban haber visto cosas que sin embargo no podían haber presenciado. En la revista "Muy Interesante" pude leer esta información: *"Durante un turno de noche, una ambulancia trajo al hospital a un hombre de 44 años en coma. Al momento de intubarlo y pasarlo a la unidad de cuidados intensivos, le quité la dentadura postiza, la puse en un cajón y me olvidé de ella. Cuando se despertó, después de una semana, me vio y exclamó: "¡Esa enfermera sabe dónde está mi dentadura! Me la quitó y la puso en un cajón". Le pregunté cómo podía haber visto ese gesto, ya que estaba en coma. "Era como si estuviera flotando cerca del techo", contestó. "Veía desde arriba a los otros doctores y a mí mismo. Intentaba desesperadamente comunicaros que estaba vivo". El paciente dio una descripción detallada de la habitación y del personal médico. Y comentó que desde entonces ya no le tenía miedo a la muerte. Este relato de una enfermera holandesa apareció publicado en diciembre de 2001 en The Lancet, una de las revistas médicas más prestigiosas. Es un caso de lo que podríamos llamar 'experiencia extracorpórea'. La explicación de estos fenómenos catalogados como paranormales todavía no está clara".* En este mismo sentido, recuerdo haber visto hace bas-

tantes años un documental en televisión que trataba este asunto en el cual, si no me falla la memoria, un paciente anestesiado contaba, tras la intervención quirúrgica a la que fue sometido, cómo era y qué cosas había en una sala adyacente a la que sin embargo no podía haber tenido acceso. Mucho más sorprendentes son esos casos de pacientes ciegos que mientras estaban siendo operados tuvieron una experiencia extracorpórea a consecuencia de la cual pudieron ver y describir todo lo que había en la sala de operaciones. Es decir, parece como si la consciencia no dependiese exclusivamente del cerebro, parece como si, en circunstancias excepcionales, no precisara necesariamente de los órganos sensoriales para obtener información.

Según leí en un artículo, cuyo autor se llamaba Ernesto Bonilla, de la Universidad del Zulia y Centro de Investigaciones Biomédicas IVIC-Zulia (Maracaibo, Venezuela): *"Cuando se examinan separadamente cada una de las manifestaciones producidas durante una ECM [experiencia cercana a la muerte] quizás puedan ser explicables por alguna de las hipótesis psicológicas o fisiológicas, a pesar de los pocos soportes que las sustentan. Pero cuando se reúnen todas las manifestaciones que se observan durante las ECM, ninguna de estas hipótesis por sí sola, ni la combinación de ellas, puede explicar la producción de estos fenómenos. Sabom reportó un caso de ECM que presentó numerosos rasgos difíciles de explicar en base a las hipótesis psicofisiológicas. Este caso fue verificado por el autor con el personal médico que actuó durante la intervención. Se trató de una paciente que fue sometida a paro cardíaco hipotérmico para la remoción de un aneurisma cerebral profundo que habría sido fatal en caso de ruptura y que era inaccesible mediante las técnicas neuroquirúrgicas convencionales. Sus ojos fueron cerrados con cintas adhesivas; después de la inducción de la anestesia, los signos vitales (ECG, EEG, presión arterial, flujo sanguíneo, temperatura) fueron constantemente monitoreados. En sus oídos se colocaron unos pequeños parlantes que los ocluían, utilizados para emitir sonidos que permitían registrar los potenciales evocados del tallo cerebral. Después de 90 minutos, su cráneo fue abierto y la paciente fue conectada a una máquina de derivación cardiopulmonar. La sangre circulante fue enfriada hasta que la temperatura corporal cayó a 15°C en unos 10 minutos. En este momento su corazón fue detenido deliberadamente y su EEG [electroencefalograma] se aplanó. Los potenciales evocados del tallo cerebral estaban ausentes, indicando el cese de la actividad cerebral. En seguida, la mesa quirúrgica fue inclinada con el fin de drenar la sangre de su cerebro para que el aneurisma fuese removido con seguridad. Después de la reparación del aneurisma, la sangre fue calentada y regresada a su cuer-*

po. Durante el proceso de calentamiento, la paciente sufrió una fibrilación ventricular que tuvo que ser abortada inmediatamente. Utilizando los criterios convencionales, esta paciente podía ser considerada como clínicamente muerta durante la parte principal de la intervención. Su EEG era totalmente plano, los potenciales evocados de su tallo cerebral habían cesado y la sangre estaba completamente ausente de su cerebro. Sin embargo, reportó una prolongada y detallada ECM que incluyó algunos elementos que fueron verificados posteriormente. En primer lugar, a pesar de los parlantes en sus oídos que bloqueaban todos los ruidos externos con sus sonidos de 95 dB, ella pudo oír el sonido de la sierra especial utilizada para cortar su cráneo. Luego tuvo una EFC [experiencia fuera del cuerpo] y fue capaz de ver y describir las características de la sierra. También observó la forma como su cabeza había sido rasurada y luego oyó una voz femenina diciendo que sus vasos femorales eran demasiado pequeños para la derivación cardiopulmonar. [...] Su descripción de la sierra fue confirmada por los neurocirujanos; también oyó cuando la cirujana cardiovascular dijo que sus vasos femorales derechos eran muy pequeños y debían preparar los del lado izquierdo. Comentó que durante la intervención no sólo estaba muy consciente de lo que se hacía sino que se sentía mucho más alerta que en cualquier momento previo de su vida. También reveló que su visión durante la ECM era más clara que lo normal y que escuchaba más nítidamente que con sus oídos normales. Estos eventos ocurrieron cuando la paciente estaba anestesiada y sus ojos y oídos ocluidos. La gravedad de su condición y su estado de anestesia profunda durante todo el procedimiento quirúrgico ponen en duda cualquier punto de vista que considere a la conciencia como totalmente dependiente de la integridad de las funciones cerebrales, porque esta ECM se sucedió en condiciones de anestesia profunda y paro cardíaco, con una pérdida transitoria de todas las funciones de la corteza y del tallo cerebral". El autor del mismo artículo también citaba las palabras de una mujer que había tenido una de estas experiencias extracorpóreas: "Pude sentir que mi espíritu abandonaba mi cuerpo. Vi y escuché las conversaciones entre mi esposo y los doctores, fuera de mi habitación situada a unos 13 metros de distancia. Fui capaz de verificarle posteriormente esta conversación a mi asombrado esposo". O este otro caso: "Sartori y col. reportaron el caso de un paciente que tuvo una cirugía de emergencia por cáncer intestinal. Mientras se recuperaba de su condición clínica empeoró y entró en coma, durante el cual tuvo una ECM que incluyó una EFC, con observaciones detalladas de todos los eventos a su alrededor. Después de su recuperación, las observaciones durante su EFC fueron confirmadas. Este paciente había nacido con una parálisis cerebral y

*tenía una mano deformada que, durante toda su vida, no había sido capaz de abrir completamente. Luego de la ECM fue capaz de abrirla y utilizarla por primera vez".*

El investigador británico Rupert Sheldrake (cuyas ideas intentaré ir exponiendo lo mejor que sepa, porque creo que bien vale la pena) es uno de esos científicos que están convencidos de que la mente no está exclusivamente en el cerebro, y de que hay una "mente extendida" más allá del mismo, aunque *"existe un poderoso tabú contra todo lo que sugiera que ver y oír podría implicar cualquier tipo de proyección exterior"*. Cree también que cada sistema autoorganizado (desde una galaxia hasta una proteína) comparte algún tipo de "campo mórfico", algo así como una memoria colectiva. Cada especie biológica compartiría igualmente algún tipo de "campo mórfico", o incluso varios, con el resto de miembros de su especie. Estos campos mórficos dotarían a cada organismo de un orden interno, lo cual podría ser según este científico británico la explicación a ciertos fenómenos aparentemente inexplicables. Por ejemplo, en la gestación de un bebé a partir de un embrión, ¿cómo "sabían" las células convertidas en un ojo que no debían convertirse en una oreja y, de igual modo, cómo "sabían" las células de una oreja que no debían transformarse en un ojo? Si tanto las células que se convirtieron finalmente en un ojo como las células que se convirtieron en una oreja tenían el mismo ADN, las mismas instrucciones o información genética, ¿cómo podían "saber" entonces en qué órgano o estructura debían convertirse? Del mismo modo que para Rupert Sheldrake la herencia no está única y exclusivamente en los genes (los cuales vendrían a ser algo así como una parte de los materiales o de las herramientas de construcción), tampoco cree que la mente esté exclusivamente en el cerebro y considera perfectamente posibles ciertos fenómenos paranormales o facultades en apariencia inexplicables que se dan en los animales y que él lleva investigando durante años.

Rupert Sheldrake está convencido de que la mente en general y la memoria en particular (cuyas trazas materiales no han sido capaces de localizar todavía los científicos tras muchas décadas de investigación) no están exclusivamente en el cerebro: *"El procedimiento usual consiste en entrenar a los animales para que hagan algo, y después cortar parte de sus cerebros para descubrir dónde está almacenado el recuerdo. Pero incluso después de haberse removido porciones sustanciales del cerebro –en algunos experimentos, en más del 60 por ciento– los infortunados animales a menudo pueden recordar aquello para lo que fueron entrenados antes de la opera-*

*ción. [...] Pero, ¿qué decir del hecho de que los hombres pueden perderse como resultado del daño cerebral? Algunas lesiones en áreas específicas del cerebro provocan tipos determinados de deterioro: por ejemplo, la pérdida de la capacidad para reconocer rostros después de una lesión en la corteza visual secundaria del hemisferio derecho. Quien padece este problema no reconoce ni los rostros de su mujer y sus hijos, aunque los identifique por la voz o de otro modo. ¿No demuestra esto que los recuerdos importantes estaban almacenados en los tejidos dañados? De ningún modo. Volvamos a pensar en la analogía del televisor. El daño en algunas partes del circuito puede ocasionar la pérdida o la distorsión de la imagen; el daño en otras partes puede determinar que el aparato pierda la capacidad de producir sonido; un fallo en los circuitos de sintonía puede impedir que se reciban uno o más canales. Pero esto no demuestra que las imágenes, los sonidos y los programas completos estén almacenados en los componentes dañados".*

Tras largas décadas de costosas investigaciones ningún científico ha conseguido todavía encontrar o descubrir las trazas materiales de la memoria en el cerebro (pese a que, curiosamente, casi todo el mundo lo da por sentado), lo cual hace sospechar a algunos científicos que la memoria no está realmente en el cerebro y que éste, por lo tanto, vendría a ser una especie de antena receptora mediante la cual poder sintonizar con nuestra memoria. Cualquier daño en esta antena (es decir, cualquier lesión en el cerebro) dificultaría, ya sea total o parcialmente, la capacidad de sintonizar con nuestros recuerdos almacenados o registrados en esos campos mórficos. Rupert Sheldrake también mencionaba unas investigaciones llevadas a cabo en la Universidad de Georgetown (Washington) que hacen albergar ciertas dudas de que la memoria esté únicamente en el cerebro. En dichos estudios se pudo comprobar cómo unas mariposas pudieron recordar lo que se les había enseñado en su etapa de orugas, a pesar de que en la metamorfosis que va desde la fase de oruga al estadio de mariposa casi todos los tejidos de la oruga, incluyendo la mayor parte del sistema nervioso, se disuelven. El cerebro, por lo tanto, sólo sería el instrumento con el cual la mente puede interactuar con el entorno. Es decir, la mente —según Sheldrake— utilizaría el cerebro "como el pianista hace con su piano, como un instrumento. También, en este caso, la conducta podría verse afectada por lesiones cerebrales y la música interpretada depender de una avería del piano, pero ello sólo demostraría que el cerebro es, para la conducta, un medio tan necesario como el piano lo es para el pianista".

Hay científicos que han asumido la posibilidad de que la mente podría ser una entidad aparte o independiente del cerebro. El célebre neurocirujano Wilder Penfield observó que el cerebro de sus pacientes, mediante electrodos, podía ser estimulado de un modo mecanicista, pero que, al mismo tiempo, podía también surgir “una voluntad propia”. Estimulando con un electrodo el área motora de la corteza cerebral de un paciente, éste movía involuntariamente una mano. Al mismo tiempo le pedía a dicho paciente (el cual se hallaba perfectamente despierto, tan sólo con una anestesia local en la zona del cráneo) que con la mano contraria intentase agarrar e inmovilizar a la otra, de tal forma que ambas manos mantenían un pulso o lucha. Es decir, el cerebro podía ser estimulado de un modo mecanicista pero, al mismo tiempo, parecía haber una mente con “una voluntad propia” que se podía oponer al cerebro o simplemente interactuar con él.

Por su parte, la herencia genética tampoco estaría sólo en el ADN, tal como mencionaba con anterioridad. Que el campo mórfico sea el principal responsable de guiar el desarrollo de un embrión no sería óbice en absoluto para que unos genes defectuosos pudiesen transmitir todo tipo de padecimientos (físicos y morales) a la descendencia. Los genes tendrían la propiedad de funcionar como antenas cuyo cometido consistiría en sintonizar esos campos mórficos. Según el doctor Sheldrake, esto explicaría, por ejemplo, cómo algunas moscas de la fruta sufren mutaciones consistentes en desarrollar patas en donde deberían haber crecido las antenas. Es decir, esto *"significa que los genes mutantes influyen en el sistema de sintonización, por el cual las estructuras embrionarias que normalmente sintonizan los campos antena, sintonizan, en cambio, los campos pata"*.

Ha habido curiosos experimentos llevados a cabo con insectos que a pesar de estar físicamente incomunicados parecían coordinarse y mantener un entendimiento. Una de las conclusiones o interpretaciones que podrían hacerse es que los insectos, en determinadas circunstancias, podrían ser capaces de mantener algún tipo de comunicación extrasensorial o similar.

En uno de sus libros Rupert Sheldrake recuerda unas investigaciones con termitas llevadas a cabo hace casi un siglo por un naturalista sudafricano llamado Eugène Marais: *"Marais comenzó por observar la manera en que las obreras de la especie Eutermes reparaban grandes brechas que él producía en sus termiteras. Las obreras reparaban el daño desde todas partes, llevando cada una un grano de tierra revestido de su saliva pegajosa y encolándolo en el sitio. Las obreras de distintos lados de la brecha no*

entraban en contacto mutuo y no se veían, puesto que son ciegas. Sin embargo, las estructuras levantadas desde distintos lugares se unían correctamente. Las actividades de reparación parecían estar coordinadas por alguna estructura organizativa general que Marais atribuía al "alma del grupo". Yo pienso que se trata de un campo mórfico. Luego llevó a cabo un experimento para ver qué sucedía cuando las termitas que reparaban la brecha estaban separadas unas de otras por una barrera. Cogió una plancha de acero y dividió la termitera en dos partes separadas. Entonces las constructoras de un lado de la brecha no podían saber nada de las del otro lado por medios sensoriales: «A pesar de esto las termitas construyeron arcos o torres similares a ambos lados de la plancha. Cuando, finalmente, retiramos la plancha, las dos mitades se correspondieron perfectamente una vez efectuada la reparación del corte divisorio. No podemos evitar la conclusión última de que en algún sitio existe un plan preconcebido que las termitas se limitan a ejecutar » (Marais, 1973). Desgraciadamente, nadie ha repetido nunca este experimento ni otros de Marais, que también parecían mostrar que los miembros de la colonia estaban unidos por un "alma invisible". Yo creo que estamos ante un terreno lleno de potencialidades para una fructífera investigación. Si el comportamiento de los insectos sociales está coordinado por alguna clase de campo hasta ahora no reconocido por la biología ni por la física, los experimentos con insectos sociales pueden decirnos algo acerca de las propiedades y la naturaleza de esos campos, que bien pueden operar en todos los niveles de la organización social, incluso el nuestro".

R. Sheldrake escribía también sobre los cardúmenes o bancos de peces y cómo, ante el ataque de un depredador, todo el cardumen reacciona al unísono, como un único individuo: "A cierta distancia un cardumen se asemeja a un gran organismo. Sus miembros nadan en formaciones cerradas girando e invirtiendo la dirección casi simultáneamente. [...] Cuando sufre un ataque, un cardumen puede responder abriendo un vacío alrededor de un depredador. Más a menudo se divide por el medio y las dos mitades se separan y finalmente nadan alrededor del depredador e invierten la dirección. La más espectacular de las defensas del cardumen es la llamada expansión relámpago, que en filmes se ve como la explosión de una bomba. Cuando un grupo es atacado todos los grupos se separan simultáneamente del centro del cardumen y toda la expansión puede tener lugar en sólo una quincuagésima de segundo. En ese tiempo los peces pueden acelerar a una velocidad de diez a veinte veces la longitud de su cuerpo por segundo. Y sin embargo, no chocan. «No sólo cada pez sabe de antemano dónde nada-

*rá si son atacados, sino que también ha de saber hacia dónde nadará cada uno de sus vecinos.» (Partridge, 1981) Esta conducta no se explica simplemente en términos de información sensorial de los peces vecinos, porque se da con demasiada rapidez como para que los impulsos nerviosos se desplacen del ojo al cerebro y luego del cerebro a los músculos". Es decir, y si yo no lo entendí mal, la consciencia de cada miembro del cardumen parecía estar conectada con las demás de manera no-local, o sea, independientemente del espacio y del tiempo. Volviendo a los bancos de peces a los que aludía el doctor Sheldrake, continuaba escribiendo lo siguiente: "Ha habido experimentos de laboratorio en los que se cegó temporalmente a los peces instalándoles lentes de contacto opacas y con todo fueron capaces de unirse y mantener su posición indefinidamente dentro del cardumen. Tal vez sean capaces de juzgar la posición de los vecinos mediante sus órganos sensibles a la presión, conocidos como líneas laterales, que recorren toda la longitud del pez. Pero en otros experimentos de laboratorio realizados por investigadores de este tipo de animales, se puso a prueba esta idea cortando los nervios de las líneas laterales al nivel de las agallas. Los peces así tratados se mantuvieron normalmente en el cardumen".*

Según Rupert Sheldrake, la "resonancia mórfica" (es decir, la transferencia y la recepción de dicha memoria colectiva) no disminuye con la distancia ni precisa de transferencia de energía, aunque en palabras del doctor Sheldrake: *"Esta hipótesis es inevitablemente polémica, pero puede someterse a prueba con experimentos, y ya existen considerables observaciones circunstanciales en su favor. Por ejemplo, cuando se cristaliza por primera vez una sustancia química orgánica (digamos, una nueva droga), no habrá ninguna resonancia mórfica de cristales anteriores de este tipo. Tiene que crearse un nuevo campo mórfico; entre la variedad de maneras energéticamente posibles en que la sustancia podría cristalizar, sólo una cobra realidad. La próxima vez que esta sustancia cristalice en cualquier lugar del mundo, la resonancia mórfica de los primeros cristales aumentará la posibilidad de esta misma pauta de cristalización, y así sucesivamente. A medida que la pauta se convierte en algo cada vez más habitual, aparece una memoria acumulativa. Como consecuencia, el cristal tenderá a formarse más fácilmente en todo el mundo. Esta tendencia es bien conocida; por lo general, resulta difícil que cristalicen nuevos compuestos; a veces se necesitan semanas, o incluso meses, para su formación en soluciones sobresaturadas. A medida que pasa el tiempo, tienden a aparecer con más facilidad en todo el mundo".* Aunque algunas sustancias no consiguen cristalizar con facilidad, tan pronto como un laboratorio tiene éxito en conseguirlo,

entonces esa sustancia comienza a cristalizar con mucha mayor facilidad y frecuencia en laboratorios de todo el mundo a medida que se va desarrollando y reforzando una memoria de ese hecho. Es decir, un campo mórfico no sería ni materia ni energía, sino únicamente un tipo de memoria o información que se encargaría de organizar aquéllas.

Otro de esos experimentos que vendrían a reafirmar la posible existencia de los campos mórficos (en virtud de los cuales cuanto más se repita un comportamiento tanto mayor debería ser la rapidez –si bien, con ciertas limitaciones– con la que es aprendido o asimilado por parte de sucesivas generaciones) consistió en darles a un grupo de personas que no sabían hablar japonés tres textos distintos en dicho idioma que debían intentar memorizar. Uno de aquellos tres textos era una canción infantil japonesa, que fue precisamente el texto que los participantes lograron memorizar con mayor facilidad y rapidez. A diferencia de los otros dos textos, la canción infantil había sido entonada por los jóvenes nipones durante generaciones, es decir, un texto para el que se supone que había un campo mórfico o memoria colectiva mucho mayor. Otros experimentos similares hechos también con humanos arrojaron al parecer resultados positivos, como por ejemplo unas pruebas consistentes en mostrar a un grupo de participantes que no sabían hebreo una serie de palabras en dicho idioma, siendo la mitad de dichas palabras reales y la otra mitad inventadas o falsas, dando como resultado el que mostrasen una mayor inclinación por las palabras auténticas. Hay otros datos que parecen apoyar la posible existencia de los campos mórficos, como por ejemplo el denominado “efecto Flynn” que han observado algunos psicólogos, o el cambio de comportamiento de algunas especies. Ciertamente, no son *evidencias* (en el correcto sentido que esta palabra tiene en español) pero sí claros indicios. No es que ésta deba ser la única interpretación posible, naturalmente, pudiendo haber quizás una explicación mucho más prosaica, por supuesto; pero si hubiese algo de cierto y verdad en todos esos experimentos en cuanto a su posible relación con la hipotética existencia de esos supuestos campos mórficos, la conclusión inevitable sería que todas nuestras acciones, pensamientos, etc. podrían estar ejerciendo en el universo una influencia, tal vez, más importante, o más interesante, de lo que imaginamos. Estos "campos mórficos" se activarían y reforzarían con nuestras acciones, pensamientos, emociones, razonamientos, etc. Es decir, cada vez que hacemos o decimos algo estaríamos influyendo en dichos campos e incluso creando otros nuevos.

Asimismo, en estrecha relación con esto, afirmaba el doctor Sheldrake que "[...] si los organismos siguen una pauta inusual de desarrollo –por ejemplo, cuando aparecen adultos anormales como resultado de la exposición de los embriones a un ambiente inusual–, cuanto mayor sea la frecuencia con que esto suceda, más probable será que vuelva a suceder. Ya existen pruebas, recogidas en experimentos con las moscas de la fruta, de que, efectivamente, es más probable que se desarrollen de modo anormal después de que otros ejemplares lo hayan hecho. Desde este punto de vista, los organismos vivos no sólo heredan los genes, sino también los campos mórficos". El señor Sheldrake basa su argumentación en el hecho de que nuestra herencia no está única y exclusivamente en los genes y en que heredamos tanto el ADN como también una memoria colectiva de acciones que tuvieron lugar en el pasado y cuyos efectos pueden verse multiplicados: "Waddington descubrió que la exposición, generación tras generación, de huevos de moscas de la fruta al vapor de éter aumentaba la proporción de moscas bitórax [moscas mutantes que nacían con cuatro alas en vez de dos]. Al cabo de veintinueve generaciones, algunas de las descendientes de esas moscas mostraban ya, sin haberse visto expuestas al éter, el rasgo bitórax, un fenómeno que Waddington acabó denominando "asimilación genética". De este modo, un rasgo que se había adquirido en respuesta a un entorno cambiante acabó convirtiéndose en hereditario. [...] Maewan Ho y sus colegas de la Universidad de Gran Bretaña replicaron, durante la década de 1980, los experimentos de Waddington. Y, al igual que él, descubrieron que exponer huevos de mosca de la fruta a vapores de éter generación tras generación acababa conduciendo a un aumento en la proporción de moscas bitórax. Después de diez generaciones, algunas de las moscas procedentes de huevos que no se habían visto expuestos al éter eran bitórax y lo mismo sucedía con sus descendientes, de nuevo sin tratamiento. Cuantas más moscas se habían desarrollado anormalmente, más probable era la presencia de las fenocopias bitórax. [...] El descubrimiento más notable fue que después de haber tratado con éter a las moscas experimentales durante seis generaciones, las moscas de control, cuyos progenitores no se habían visto expuestos, reaccionaron más fuertemente al mismo tratamiento de éter. El 10% de la progenie perteneciente a la primera generación era bitórax y ese valor alcanzó, durante la segunda generación, el 20% (resultados que contrastan profundamente con el 2 y 5% de la primera y segunda generación de la línea experimental). [...] después de que, en respuesta a un estrés medioambiental, un gran número de organismos se hayan desarrollado anormalmente, aumenta la frecuencia de que, aunque

*se hallen a miles de kilómetros de distancia, otros organismos parecidos lo logren también".*

Abundando un poco más en la cuestión de que la herencia no está exclusivamente en los genes, el doctor Sheldrake citaba el caso de la *Acetabularia mediterranea*, un gigantesco organismo de 5 centímetros de largo a pesar de estar formado por una sola célula. La *Acetabularia mediterranea* es un alga unicelular que consta de una especie de raíz o rizoide y un tallo coronado por un sombrerillo. El núcleo de esta célula-alga está en la base o rizoide. El supuesto habitual es que en el núcleo de una célula es donde se encuentran los genes, los únicos que, en teoría, pueden programar o controlar el desarrollo de un organismo. Sin embargo, si cortamos un diminuto fragmento del tallo de una *Acetabularia*, se desarrollará un individuo parcialmente completo, sin el rizoide, sólo el tallo y el sombrerillo. Ciertamente, no parece gran cosa, ya que no es un individuo completo, pero si tenemos en cuenta que el tallo y el sombrerillo nuevos se han desarrollado en ausencia total de genes (pues éstos sólo pueden hallarse en el núcleo del rizoide), entonces sí que resulta bastante sorprendente. Según el doctor R. Sheldrake, este semiorganismo de *Acetabularia*, que se ha formado sin genes, consigue desarrollarse en ausencia de éstos avanzando o siendo atraído por "su atractor mórfico". Ahora empezamos a saber que los genes sólo explican una parte de la herencia pero no toda, como solía creerse.

En cuanto a las mutaciones genéticas, R. Sheldrake sostiene lo siguiente: *"La explicación convencional de la creatividad evolutiva se basa en mutaciones genéticas fortuitas seguidas de la selección natural. Pero esto es más una afirmación dogmática que un hecho científico establecido. En primer lugar, la idea de que todas las mutaciones son fortuitas es sólo un supuesto, y pruebas recientes obtenidas en experimentos con bacterias la han puesto en cuestión. Algunos tipos de mutaciones parecen ser intencionadas. Por ejemplo, cuando ciertas bacterias hambreadas están en presencia de un azúcar que, por su constitución, son incapaces de aprovechar, se producen mutaciones genéticas, con frecuencias que exceden los niveles del azar, para procurarles ciertas enzimas que necesitan, exactamente cuando las precisan".*

Decía el señor Sheldrake que una razón para pensar que los campos mórficos organizan a los seres vivos es el fenómeno de la regeneración: *"Consideremos los anfibios, ranas y tritones. Aun entre los anfibios hay diferencias. Si uno le corta una pata a un tritón, le vuelve a crecer otra pata.*

*Pero si le cortamos la pata a una rana no vuelve a crecer. Y éstos son animales del mismo nivel biológico, pero por alguna razón uno se regenera y el otro no. Bien, si le aplicamos una corriente eléctrica al muñón de la pata de la rana, puede volver a regenerarse. La capacidad de regeneración está presente, pero por alguna razón está bloqueada".*

Me consta que el doctor Sheldrake ha sido incluso vilipendiado por parte de algunos acusándole de profesar y defender a todo trance ideas pseudocientíficas. Pudiera yo estar equivocado pero, en mi modesta opinión, es justamente lo contrario. Creo que es muy loable que el interés de Rupert Sheldrake por sus propias ideas se base en la búsqueda permanente de todo tipo de indicios y de pruebas con los que poder confrontarlas. En este sentido, no parece que se le pueda reprochar falta de interés por buscar pruebas científicas. Como dijo alguien, "todo lo que usted afirme sin pruebas, yo también puedo refutarlo sin pruebas". Pero parece que el señor Sheldrake ha conseguido reunir suficientes datos empíricos que hacen que sus ideas puedan al menos ser tomadas en serio.

El doctor Sheldrake hacía también referencia a una serie de experimentos con ratas que se prolongaron durante varias décadas y que tuvieron lugar en países y continentes distintos, experimentos que vendrían a sustentar la idea de la existencia de los "campos mórficos", y cómo éstos influyen en nosotros y nosotros en ellos, en una evolución conjunta. Según este científico británico, los experimentos parecían demostrar que las ratas entrenadas, al cabo de varias generaciones, habían incrementado notablemente su índice de aprendizaje, no solamente en las ratas descendientes de aquéllas que habían sido entrenadas, sino en todas las ratas. Según Rupert Sheldrake, la "resonancia mórfica" explicaría que un grupo de individuos de una especie cualquiera, al aprender algo nuevo, ese mismo conocimiento o habilidad pueda ser luego mucho más fácil de adquirir y asimilar por los demás miembros de esa especie. Extrapolando esto a los seres humanos, significaría que cuando una persona aprende alguna habilidad, estaría con ello enriqueciendo y reforzando ese campo mórfico con sus actividades contribuyendo así a mejorar las habilidades y facultades de todos los miembros de nuestra especie en generaciones venideras y en lugares distintos. Cada uno de nosotros heredaría una memoria colectiva de nuestros antecesores, memoria colectiva que a nuestra vez haríamos evolucionar con nuestras aportaciones, influyendo en el comportamiento nuestro y en el de los demás. A diferencia de unas leyes platónicas eternas e inmutables, los campos mórficos pueden evolucionar, del mismo modo que los organismos también lo

hacen. La influencia es mutua. Que una mayor efectividad en la capacidad de aprendizaje de una rata pueda ser heredada por otra con la que ni siquiera tenía el menor parentesco genético ni contacto físico alguno es una facultad muy sutil de la consciencia, y que es también consecuente con la idea de que, a un nivel global, la consciencia no olvidaría ninguno de sus programas evolutivos. Según el doctor Sheldrake, todas nuestras acciones influirían en esa memoria colectiva y ésta en nosotros. Rupert Sheldrake piensa que hay un "campo mórfico" o "memoria colectiva" para cada cosa, o al menos para cada sistema autoorganizado: para las moléculas, células, tejidos, órganos, organismos, sociedades, ecosistemas, galaxias, etc. Si yo tuviera que resumirlo de un modo sencillo, diría que lo que el doctor Rupert Sheldrake denomina "campos" y "atractores" no es sino la consciencia actuando a todos los niveles. Tal y como yo lo veo, solamente existe una cosa: la consciencia, operando a diferentes niveles, muchos de ellos difícilmente imaginables para la mente humana, incluso inconcebibles desde las coordenadas habituales de nuestra vida cotidiana.

Rupert Sheldrake hacía también referencia a unas investigaciones de un tal Wayne Potts que parecían hacer bastante plausible la idea de un "campo mórfico" o "inteligencia colectiva" que conecta a todos los miembros de una especie. En aquellas investigaciones fueron filmados los movimientos de grandes bandadas de un tipo de paseriformes (las paseriformes son un extenso orden de aves al que pertenecen, por ejemplo, el jilguero y la golondrina). Al ralentizar aquellas imágenes se comprobó que la capacidad de reacción que se transmitía o propagaba en forma de ola desde cada ave a su vecina tardaba 15 milésimas de segundo. Sin embargo, cuando las aves tenían que reaccionar individualmente tardaban más tiempo: 38 milésimas de segundo.

Según pude también leer en "*Conciencia y azar*" (Óscar Iborra Martínez), Wayne Potts averiguó estudiando unas bandadas de andarríos (un tipo de aves que se alimentan de pequeños invertebrados en las orillas de ríos, lagos y zonas costeras), que cuando un solo andarríos se veía amenazado, tardaba en reaccionar entre 80 y 100 milisegundos. Pero cuando los andarríos se encontraban juntos formando un grupo, observó que el tiempo de reacción ante un peligro era muchísimo más rápido: 20 milisegundos. Los estudios de Potts sugieren por lo tanto que podría haber, quizás, una especie de consciencia colectiva (más allá de cada cerebro individual) que trabajaría para que los andarríos sean mucho más rápidos, al reaccionar ante un

peligro, que si tuvieran que depender exclusivamente de su conciencia individual a la hora de reaccionar.

El físico austríaco Erwin Schrödinger fue mucho más lejos todavía que Rupert Sheldrake, llegando a sugerir que todos los seres formamos una mente única. A título anecdótico, relataré brevemente una pequeña vivencia que tuve hace muchos años, una nadería o nimiedad absolutamente trivial pero que sin embargo me llamó poderosamente la atención y que hizo que me interesara por este asunto. Recuerdo que era un día gris, estaba lloviendo y hacía un frío de órdago. Me encontraba solo sentado frente a una ventana contemplando totalmente absorto el paisaje mientras jugueteaba con los dedos de las manos. En un cierto momento, y con la mirada completamente perdida en el horizonte, apoyé las yemas de los dedos de la mano izquierda contra las yemas de los dedos de la mano derecha; de pronto, me di cuenta de que la sensación que percibía mi mano izquierda nunca podría ser la misma que la sensación que sentía con mi mano derecha. En otras palabras, la sensación de la mano izquierda siempre sería discontinua de la sensación de la mano derecha, como si hubiera dos mentes distintas, aun cuando ambas sensaciones pertenecieran a la misma consciencia, a una misma persona. Esto me llevó a pensar que, del mismo modo que puede haber una discontinuidad parcial dentro de una misma consciencia (la sensación de la mano izquierda y la de la mano derecha), también podría haber quizás una discontinuidad, muchísimo mayor pero no absoluta, entre dos consciencias diferentes, entre dos seres distintos. En un libro titulado "Mente y materia" (libro en donde su autor, el físico Erwin Schrödinger, se preguntaba si mente y materia, sujeto y objeto, el yo y el mundo exterior, son dos cosas muy distintas o, por el contrario, la misma y única cosa, como rezaba más o menos la contraportada del libro) podía leerse un párrafo que me recordaba enormemente a mi experiencia trivial de las dos sensaciones discontinuas que percibía en una y otra mano. Por cierto, la transcripción que reproduzco a continuación quizás no sea del todo exacta, ya que está tomada de unas viejas y un tanto anárquicas anotaciones a lápiz que todavía conservo de dicho libro. Bien, dicho párrafo decía así: "*Supongamos una bombilla instalada en el laboratorio que centellea a 40, 60, 80 ó 100 destellos por segundo. Al aumentar la frecuencia llega un momento en que el centelleo desaparece, es decir, el observador, que mira con ambos ojos, ve una luz continua (así se produce también la fusión de las imágenes en el cine). Supongamos que tal frecuencia es de 60 centelleos por segundo. Hagamos ahora una segunda experiencia idéntica, salvo que ahora un dispositivo especial hace que el ojo derecho vea sólo uno de cada*

*dos destellos, mientras que los restantes llegan al izquierdo. De esta manera cada ojo sólo recibe 30 destellos por segundo. Si el estímulo se recibiera en el mismo centro fisiológico no debería presentarse diferencia alguna. Sin embargo no es esto lo que ocurre. Treinta destellos en el ojo derecho alternando con treinta destellos en el izquierdo están muy lejos de eliminar la sensación de centelleo; para ello se necesita una frecuencia doble, es decir, sesenta en cada ojo. Veamos la conclusión en palabras de Charles Sherrington: «Las dos entradas de información no se combinan por una conjugación espacial del mecanismo cerebral. Es como si las imágenes de cada ojo fuesen recogidas por observadores distintos cuyas mentes fuesen luego fundidas en una sola. Es como si las percepciones de cada ojo se elaborasen por separado para fundirse luego psíquicamente en una unidad. Es como si cada ojo tuviera su propio sensorio independiente, lo que sirve para que se desarrollen ciertos procesos mentales hasta niveles de total percepción. Esto equivaldría a un subcerebro visual. Habría dos subcerebros, uno para cada ojo. Su colaboración mental sería proporcionada más por una contemporaneidad de acción que por una unión estructural. ¿Hasta qué punto será la mente una colección de mentes cuasi-independientes integradas psíquicamente por la concurrencia temporal de la experiencia?». Una mente basada en una multiplicidad de subcerebros. Pero sabemos que una submente es una monstruosidad tan atroz como una mente plural. Me permito pronosticar que las paradojas serán resueltas si asimilamos la doctrina de la identidad oriental a nuestra ciencia occidental. Yo diría: todas las mentes son una sola".*

Todo esto me recuerda a un videojuego en donde la mitad del alma de la niña protagonista habitaba en el cuerpo de otra niña distinta. Era un videojuego de terror y misterio que estaba ambientado en un pequeño pueblo semiabandonado llamado "Silent Hill", el cual se hallaba cubierto por una densa e inexplicable niebla que a veces, y sin razón aparente, daba paso de forma repentina a la noche, a una lúgubre y siniestra nocturnidad en la que todo parecía una extraña mezcla de realidad y ensoñación. En aquel pueblo vivían los miembros de una oscura secta religiosa que tenían como objetivo traer al mundo a una divinidad diabólica, para lo cual una mujer llamada Dahlia, sacerdotisa de aquella secta, intentaba ofrecer el cuerpo de su propia hija, llamada Alessa, como el medio para que el espíritu de aquel ente diabólico pudiera encarnarse en este mundo. La oposición total de Alessa a los designios de su madre en relación con dicha entidad demoníaca hizo que la secta fracasara en su propósito. Aunque obligaron a Alessa a someterse intentando doblegar su voluntad, algo salió mal en el ritual en el que

el cuerpo de la hija de Dahlia, atrapado en las llamas de un incendio fuera de control, quedó completamente abrasado, de tal forma que el alma de Alessa quedó dividida en dos partes. La mitad del alma permaneció en el cuerpo de Alessa, quemado y dolorido pero todavía vivo, en tanto que la otra mitad se reencarnó en el cuerpo de otra niña llamada Cheryl. Harry, el padre adoptivo de Cheryl, viendo que su hija vivía obsesionada con un pueblo llamado "Silent Hill", al que incluso mencionaba en sueños, decidió llevar a su hija a dicho lugar, donde desapareció misteriosamente.

Retomando la idea de la filosofía hindú de que la multiplicidad de seres es tan sólo aparente, Erwin Schrödinger escribió: *“Si dividimos el pequeño pólipo de agua dulce, Hydra fusca, de forma completamente asimétrica, de modo que una parte tenga todos los tentáculos y la otra ninguno, ambos tipos se completan hasta formar dos hydras enteras, sólo que un poco más pequeñas [...] No es el único caso entre los seres de este nivel, y R. Semon relata algo semejante en el caso de los planarios [...] Ruego al lector que se adentre con el pensamiento en la Hydra fusca. No se le puede negar algún tipo de conciencia a nuestro pequeño primo que nos precede en la escala de los seres vivos, por muy abúlica e indiferenciada que sea. Esta conciencia aparecerá en aquellos dos fragmentos como la continuación indivisa de lo anteriormente existente. Esto no puede demostrarse lógicamente, pero se puede sentir que cualquier otra explicación carece de sentido. La división, multiplicación de la conciencia carece de sentido. En todo lo aparecido no hay un marco en el que encontrar la conciencia en plural. Lo construimos únicamente sobre la base de la pluralidad espacio-temporal de los individuos, si bien esta construcción es falsa”*.

Se podría añadir un ejemplo más, un ejemplo en el que muchas veces he pensado: una mano puede transmitir sensaciones a una persona, pero si amputamos esa mano y se la injertamos a otra persona, por ejemplo alguien mutilado que estaba esperando la mano de un donante, esa misma mano ahora transmitirá sensaciones a esta otra persona diferente de su antiguo dueño. Entonces, ¿qué es esa mano?, ¿qué es realmente esa mano que antes servía para enviar sensaciones táctiles y de frío y calor a una persona pero que ahora sirve para enviarlas a otra persona diferente?, ¿simple materia?, ¿simples átomos que forman huesos, tendones y carne? Podríamos tal vez concluir que esa mano es la manifestación de una supramente o supraconciencia que a veces puede comunicar sensaciones a uno de sus subcerebros, por así decirlo, y otras veces puede transferir percepciones a otro de sus subcerebros; es decir, a veces proporcionará sensaciones a una persona (el an-

tigo dueño de la mano) y otras veces las transmitirá a otra persona distinta (la persona manca que recibió aquella mano del donante). Esto quizás explicaría el misterio de por qué, siendo seres discontinuos, podemos sin embargo causar o provocar sensaciones en otros seres vivos y éstos en nosotros. Por extraño y absurdo que pueda sonar, la conclusión más o menos inevitable sería que todos formamos parte de una supraconsciencia, de una Consciencia Universal (llamémoslo así, aunque no sepamos muy bien qué significa esto). Es, por así decirlo, como si cada cerebro fuese en realidad un subcerebro que perteneciese a un cerebro mayor, único y universal. Todos y cada uno de nosotros somos una pequeña submente cuasi independiente formando parte de una mente mayor. En otras palabras, es como si al nivel más profundo de la realidad todos los seres fuésemos uno solo, como si todos los seres fuésemos una sola mente. Todos los seres estaríamos indisolublemente interconectados. En verdad esto no es una buena noticia, esto no es en absoluto tranquilizador. Ello es lo que permite que dos progenitores de cualquier especie, al unir un óvulo y un espermatozoo, puedan así violar la discontinuidad de la criatura engendrada arrojándola a este mundo, ya que al nivel más profundo de la realidad no existe una discontinuidad total y absoluta entre nosotros. Cuando observo, por ejemplo, los millones de animales que son explotados, hacinados, castrados y masacrados cada día en las granjas y mataderos de todo el mundo, me pregunto desde dónde afloran todos esos seres vivos, todos esos seres sintientes, me pregunto de dónde surgirán los millones y millones de animales que seguirán naciendo cada año, cada semana y cada día para acabar absurdamente sacrificados tras una vida de sufrimiento. Creo que es fácil saber de dónde vienen. Ese "campo unificado" que subyace a toda la realidad y del que surge todo, ese "campo unificado" que según los físicos integraría todos los fenómenos existentes es en realidad un océano infinito de consciencia.

El filósofo francés Georges Bataille escribió: *"Ya saben ustedes que los seres vivos se reproducen de dos maneras. Los seres elementales conocen la reproducción asexual, pero los seres más complejos se reproducen sexualmente. En la reproducción asexual, el ser simple que es la célula se divide en un punto de su crecimiento. Entonces se forman dos núcleos y, de un solo ser, resultan dos. Pero ahí no podemos decir que un primer ser haya dado nacimiento a un segundo ser. Los dos seres nuevos son igualmente producto del ser primero. El primer ser desapareció. Esencialmente murió, puesto que no sobrevive en ninguno de los dos seres que ha producido. No se descompone a la manera de los animales sexuados cuando se mueren, sino que deja de existir. Deja de existir en la medida en que era*

*discontinuo. Sólo que, en un punto de la reproducción, hubo continuidad. Existe un punto en el cual el "uno" primitivo se convierte en "dos". A partir del momento en que hay dos, hay de nuevo discontinuidad de cada uno de los seres. Pero el paso implica entre ambos una "conciencia" de continuidad. El primero muere, pero "en su muerte" aparece un instante fundamental de continuidad de dos seres. No podría aparecer la misma continuidad en la muerte de los seres sexuados, cuya reproducción es, en principio, independiente de la agonía y de la desaparición. Pero la reproducción sexual, que pone en juego, y sobre la misma base, la división de las células funcionales, hace intervenir, del mismo modo que en la reproducción asexual, una nueva clase de pasaje de la discontinuidad a la continuidad. El espermatozoide y el óvulo se encuentran en el estado elemental de los seres discontinuos, pero se "unen" y, en consecuencia, se establece entre ellos una continuidad que formará un nuevo ser, a partir de la muerte, a partir de la desaparición de los seres separados. El nuevo ser es él mismo discontinuo, pero porta en sí el pasaje a la continuidad: la fusión, mortal para ambos, de dos seres distintos [...] En la base, hay pasajes de lo continuo a lo discontinuo o de lo discontinuo a lo continuo. Somos seres discontinuos, individuos que mueren aisladamente en una aventura ininteligible; pero nos queda la nostalgia de la continuidad perdida. Nos resulta difícil soportar la situación que nos deja clavados en una individualidad fruto del azar, en la individualidad perecedera que somos. A la vez que tenemos un deseo angustioso de que dure para siempre eso que es perecedero, nos obsesiona la continuidad primera, aquélla que nos vincula al ser de un modo general [...]"*

El panteísmo es una doctrina filosófica y religiosa que identifica a Dios con la totalidad de las cosas existentes, es decir, Dios y el universo son lo mismo. Dicho de otro modo, el universo es la manera que tiene Dios de existir. Y si el universo es todo lo que existe, es precisamente porque Dios es también todo lo que existe. Los panteístas afirman que todo el universo por entero en realidad es Dios y que nosotros somos partes de Él, del mismo modo que las células son partes de un cuerpo; por lo tanto, según los panteístas, la causa de que existamos es Dios pero formando parte de Él sin ningún comienzo, formando parte de Él desde siempre. O sea, el panteísmo es una teología que afirma la existencia de Dios pero sin que haya habido nunca una Creación. La antigua filosofía griega afirmaba que jamás podría haber tenido lugar una Creación a partir de la nada, puesto que la Nada no ha podido existir nunca, así que Dios no es necesario. Los panteístas solucionan esto diciendo que, en efecto, no ha habido nunca una Creación, pero

que Dios sí es necesario porque Todo es Dios, y nosotros somos partes de Él, somos "células" de Él desde siempre. O sea, y según esto, la Creación no es un imperativo, pero Dios sí lo sería, Dios sigue siendo necesario.

También nos encontramos con la idea del panteísmo en la religión hinduista cuando se afirma que la multiplicidad de mentes y de seres es sólo aparente, que en realidad todas las conciencias forman una única mente o consciencia cósmica a quien llaman *Brahman*. Todos los seres forman parte de *Brahman*, es decir, todos forman una sola Consciencia Universal y esa consciencia única que forman entre todas las almas, entre todos los seres, sería la mente de Dios. Según esta doctrina, aparentemente, sólo aparentemente, hay seres distintos actuando unos sobre otros, pero en realidad no hay más que uno, Dios, del cual todos los seres, todas las conciencias, forman parte. Esto es precisamente el panteísmo: Dios es un océano y todos los seres son gotas que forman parte de Él, salen de Él y cuyo destino final es volver a disolverse o a fusionarse con Él.

Es posible incluso que Jesús tuviera esta concepción panteística. Hay quienes afirman que Jesús, antes de predicar en Palestina, conoció la espiritualidad india en Alejandría (Egipto), verdadero crisol de culturas por aquel entonces. En opinión de los que sostienen esta tesis, cuando Jesús pronunció las palabras "*Yo y el Padre somos uno*" (Evangelió de san Juan, capítulo 10, versículo 30), en realidad estaba identificando el atman (alma) con el Brahman (Dios) de la doctrina hindú. Palabras por las cuales Jesús fue considerado un blasfemo y por las que habría estado a punto de morir lapidado. Jesús proclamó así que todos los seres estamos hechos de la misma naturaleza divina, que tú y Dios sois lo mismo, que tú y Dios sois uno. Sin embargo, el verdadero mensaje de Jesús, al parecer, se fue poco a poco desdibujando y perdiendo.

La idea de que todos los seres formamos una Consciencia Universal, algo así como la mente de Dios, me recuerda de algún modo a aquel largometraje de dibujos animados titulado "Número 9". En realidad, éste era el título por el cual se conoció a esta película aquí en España; creo recordar que el título original era simplemente "9", a secas. Aquella película estaba ambientada en un mundo postapocalíptico donde sobrevivían lo mejor que podían unos muñecos con consciencia propia. Estos muñecos no sabían muy bien quiénes eran y qué o quién los había creado. Vivían siempre ocultos, con miedo, y hasta parecía dar la impresión de que se habían vuelto un tanto supersticiosos, inmersos en un mundo extrañamente hostil donde sólo

reinaban el temor y la oscuridad. Uno de aquellos muñecos, llamado "número 9", se hacía demasiadas preguntas y sentía la necesidad de explorar e investigar en busca de respuestas. Fue quien descubrió finalmente que él y sus compañeros habían sido creados por un científico. Si no entendí mal ciertos detalles de la película, este científico había encontrado parte de su inspiración en algunos libros de alquimia. Decide ponerse a la tarea de preparar o transformar un talismán con un poder mágico consistente en transmitir o insuflar el alma a un cuerpo. El científico construyó a "número 9" y a los otros muñecos para posteriormente transmitirles una porción de su propia alma a cada uno de esos muñecos que había confeccionado. "*Vosotros sois los fragmentos de mi alma entera*", decía el científico en un determinado momento de la película. Cuando "número 9" hace el descubrimiento de quién fue su creador, se lo comunica de inmediato a sus compañeros diciéndoles: "*... es el científico, él es la fuente. Nos entregó su alma. Nosotros somos él*". En resumen, y si no entendí mal la película, en un mundo postapocalíptico en donde todos los seres humanos se habían extinguido, un científico transfirió su propia alma dividida en varias partes, en varias "sub-almas", a unos cuantos muñecos cada uno de los cuales fue bautizado con un número diferente. De este modo el científico, reencarnándose en sus propios muñecos, podía así perpetuar un vestigio de humanidad, en el sentido más amplio de la palabra, en un mundo en donde la especie humana ya no tenía cabida.

De un modo análogo a la religión hinduista, concibió la realidad el filósofo holandés Spinoza, cuya filosofía implicaba igualmente un claro panteísmo; en ella cada ente es una manifestación de una sustancia única e infinita a la que llamamos Dios. Según Spinoza, todos los seres animados e inanimados son "un pensamiento de Dios", somos pensados o soñados por Dios. Si no me traiciona la memoria, esto me recuerda en cierto modo a un tebeo de Batman en el que un personaje de un hospital psiquiátrico le decía, más o menos, algo así: "¿Y si tanto tú como yo no fuésemos seres reales, sino personajes que habitan en el sueño de alguien?, ¿y si no fuéramos reales, sino que solamente fuéramos soñados o pensados por alguien?". Abundando un poco más en esto, recuerdo haber visto un documental, de cuyo título no conservo memoria, en el que un escritor llamado Tim Freke, mientras explicaba la cosmovisión panteísta de los antiguos cristianos gnósticos, decía: "*Tú eres lo que no puedes oír ni ver, tu esencia [...] Todas las cosas separadas son expresión de una misma cosa [...]*". En aquel momento el entrevistador le interpelaba a Tim Freke preguntándole si para los antiguos cristianos gnósticos cada uno de nosotros somos "un reflejo de lo divino", y

T. Freke le contestaba: "No tanto un reflejo, sino la forma en que lo divino se hace consciente de sí mismo. Para el Padre ellos emplean el término «la Deslumbrante Oscuridad». ¿Te imaginas la luz sin nada que reflejar? Es lo oscuro, entonces la luz en sí misma es oscuridad y usan el término «Brillante Oscuridad», potencialidad pura, sólo luz, sólo conciencia sin nada de lo que ser conscientes. Cuando eso crea algo por sí mismo de lo que ser consciente o, como la luz, algo para reflejar, el universo cobra existencia. Esta conciencia de Dios se expresa a sí misma en todos los seres, así que todos nosotros somos imágenes o «éidolons» de la Conciencia Universal que es todo, que es Dios". En definitiva, según los antiguos cristianos gnósticos, no somos tanto unos seres hechos a imagen y semejanza de Dios, sino que somos mucho más que eso, o sea, cada uno de nosotros seríamos Dios, en la medida en que cada uno de nosotros sería una porción o fragmento de Él. Dios y nosotros seríamos una y la misma cosa. Somos la instancia en donde el universo toma conciencia de sí mismo; o sería mejor decir, somos la instancia en donde Dios se hace consciente de Sí mismo, de acuerdo a esta cosmovisión panteísta. Escuchando a Tim Freke hubo dos frases que me llamaron particularmente la atención: "Tú eres lo que no puedes oír ni ver, tu esencia" y "sólo conciencia sin nada de lo que ser conscientes". ¿Simple retórica? Basándome en el dualismo de materia y espíritu que profesaban los antiguos cristianos gnósticos debo concluir que no pudieron comprender realmente qué es la conciencia (como pone de relieve su creencia en la existencia de la materia); sin embargo, no podía evitar preguntarme si aquellos antiguos cristianos gnósticos, o algunos de entre ellos, poseían la explicación del misterio de la conciencia. ¿Habían realmente alcanzado esta comprensión? Tal conocimiento solamente podía venir de la India, lo cual no sería extraño en absoluto pues la influencia de ésta en Occidente está más que probada.

*Brahman*, el Dios único y fuente de todo de los hindúes, representa a todos los seres vivos formando una sola Conciencia Universal compuesta por multitud de almas, una única supraconciencia, digámoslo así, así como la unidad indisoluble que existe entre todos los seres, la interdependencia total y absoluta de todas las cosas, una unidad cósmica indivisible en la que no hay una verdadera discontinuidad ni una individualidad total, cada cosa no puede existir sin el resto y viceversa. Ninguna acción puede realizarse por sí misma, necesita del resto. Ninguna decisión puede tomarse por sí sola, necesita del resto. Todas las acciones y decisiones, indefectiblemente, no pueden ser individuales, sino conjuntas. Influyendo el universo en nosotros, podemos a nuestra vez influir en él. Y es así que el universo necesita

que influyamos en él para que éste pueda seguir influyendo en nosotros. Esta fuerza creadora es siempre conjunta. Influyendo, somos influidos; moldeando, somos moldeados, no es posible una cosa sin la otra. Al menos en este sentido, sí podemos afirmar que operamos como una sola mente. El universo entero actúa en nosotros y nosotros en él. Nuestras decisiones no serían individuales, sino conjuntas, del mismo modo que el doctor Jekyll (el célebre personaje de aquel relato de Robert Louis Stevenson titulado "*El extraño caso del Doctor Jekyll y Mr. Hyde*") no podía tomar todas sus decisiones independientemente de las determinaciones que tomaba el señor Hyde. Al final –lo quisiera o no el doctor Jekyll– buena parte de sus decisiones, si no todas, eran conjuntas, las resoluciones de uno influía en las del otro; más aún, podía decirse que, a veces, era uno de ellos el que tomaba realmente las decisiones del otro. Por decirlo de otro modo, Jekyll y Hyde operaban como una sola mente, aunque aparentemente creyeran ser dos mentes independientes. La mente de Jekyll era también la de Hyde, y la de Hyde era también la de Jekyll, aun cuando pudieran ocultarse algunas cosas el uno al otro. Pero no había una verdadera separación entre ambas mentes. De un modo algo similar, se podría decir que tampoco puede haber una independencia total y absoluta entre nuestra mente y el resto.

Si realmente todos los seres formamos una única Consciencia Universal (lo que quiera que esto signifique) no sería en absoluto descabellado, incluso todo lo contrario, la posible existencia de ciertos fenómenos como la telepatía. Justo cuando escribía estas líneas acudía a mi mente el recuerdo de un geólogo y fotógrafo corresponsal de la revista *National Geographic* que en sus memorias (que leí hace más de 20 años y que, por desgracia, apenas consigo recordar muy vagamente) daba cuenta y razón de cómo se perdió en la selva mientras buscaba dónde nacía exactamente el río Amazonas y cómo hubo de convivir con una tribu de la que desconocía por completo su dialecto. Si no me falla la memoria, creo recordar que sentía una perentoria necesidad de poder comunicarse pero era imposible, la barrera lingüística era infranqueable. Estaba perdido, desorientado y profundamente angustiado. Pero un buen día, de manera totalmente espontánea, se sorprendió a sí mismo comunicándose telepáticamente con uno de los miembros tribales. Ignoro hasta qué punto podía ser cierto el relato de aquellas confesiones pero, recordándolo ahora, ya no me atrevería a descartarlo de antemano. O esos relatos de personas que, de repente, tenían acceso a lo que veía y escuchaba un familiar mientras éste estaba muriendo y agonizando en algún lugar, tomando casi prestados por un instante sus órganos sensoriales. En este sentido, me gustaría hacer mención de un fragmento

que descubrí casualmente mientras navegaba por Internet buscando una serie de vídeos documentales. Pertenecía a un libro de un doctor en psiquiatría, un tal José Miguel Gaona, que llevaba por título “El límite”. Aunque espero hacerlo algún día, debo reconocer que no he leído dicho libro, pero no me resisto a citar dicho fragmento, que decía así:

*"Bruce Greyson relata la historia de un hombre que intentó suicidarse ahorcándose, pero que se arrepintió en el mismo momento de hacerlo. En ese momento trató desesperadamente de buscar socorro y tuvo una experiencia extracorpórea durante la cual llegó a ver y oír a través de su mujer. Cuando contactó telepáticamente con ella, pudo escuchar la exclamación de su esposa: «Oh, Dios mío». Aparentemente supo lo que sucedía, ya que tomó un cuchillo y corrió hacia donde se encontraba colgado su exánime marido y cortó la soga. Quizás una de las historias más curiosas es la que me relató P. M. H. Atwater durante una reunión en Estados Unidos: durante una ECM un hombre tuvo la mala experiencia de penetrar en la cabeza y leer los pensamientos de su inminente viuda para descubrir que estaba haciendo una lista mental de sus posibles pretendientes y maridos futuros. La indignación de su todavía marido era comprensible y llegó a dar detalles, a su sorprendida esposa, de los nombres que ella manejaba una vez recuperado".*

No es ésta la única historia que he leído de estas características. Este tipo de relatos, o al menos algunos de ellos, puede que signifiquen algo.

Es indudable que hay historias verdaderamente extrañas, historias que no encuentran fácil acomodo en el paradigma materialista. Algunos de esos relatos curiosos que sugieren de inmediato la posibilidad de una conexión entre todas las mentes mucho mayor de la que podamos sospechar en un principio tienen que ver, por ejemplo, con algunos casos de personas que tras recibir un trasplante de algún órgano comenzaban a sentir algunos de los gustos, aficiones, costumbres, ideas e incluso recuerdos del antiguo donante. Bien es verdad que la inmensa mayoría de las personas que han recibido un trasplante no han sentido ningún cambio en su carácter, pero ha habido casos que dan mucho que pensar, aunque pueda haber quienes rechacen de antemano esta posibilidad como una idea totalmente peregrina y anticientífica. Tuve conocimiento de la existencia de un psicólogo llamado Paul Pearsall que había investigado algunos casos de pacientes que tras recibir un trasplante sentían ciertos cambios en su conducta. Confieso que no era la primera vez que leía algo al respecto. Recuerdo incluso haber visto

en el *Discovery Channel* un documental (del que por desgracia tan sólo pude ver un fragmento) donde se trataba este mismo tema. No sé qué podía haber de cierto y verdad en todo lo que allí se narraba, pero al menos invitaba a la reflexión. En aquel documental aparecía una mujer neoyorquina receptora de un trasplante de hígado que, al parecer, supo adivinar algunos rasgos físicos e incluso la camisa a rayas que llevaba la última persona que estuvo con el antiguo donante antes de morir éste suicidándose, una revelación que desconcertó a los familiares, pues eran los únicos que lo sabían. Después de visionar aquel vídeo pensé que si un órgano puede guardar alguna reminiscencia de su antiguo dueño, la reflexión que me hacía era casi inevitable: es posible que la influencia de nuestra consciencia en el universo sea mucho más extraña de lo que imaginamos. No parece faltarle razón a Rupert Sheldrake cuando afirma que no sólo heredamos los genes sino también los campos mórficos asociados a éstos. Que el órgano de un donante haya podido conservar un rezago de imágenes y recuerdos de la consciencia de su antiguo dueño demuestra, a mi modo de ver, cómo nuestra mente puede influir en los campos mórficos y éstos en nosotros. Asimismo, si es realmente cierto que dichos campos pueden influir igualmente en nuestro comportamiento, no puedo evitar preguntarme también si nuestra responsabilidad moral en cada una de nuestras acciones podría ser, tal vez, enorme.

Si todo es consciencia, tal y como yo sostengo, esto implicaría que las leyes físicas son creadas por aquélla y no al revés. Esto significa que las leyes físicas no serían, no necesariamente, eternas e inmutables. El científico británico Rupert Sheldrake también llamó la atención sobre este asunto hace muchos años. Las denominadas "constantes físicas" son el reflejo de unas leyes universales que consideramos inmutables o inalterables. R. Sheldrake defiende la idea de que la Naturaleza no está sometida a leyes físicas, o mejor dicho, no estaría sometida a leyes inamovibles, a leyes invariables y eternas. Los valores de las "constantes físicas", a pesar de su nombre, parecen más bien inconstantes, ya que los científicos han tenido que reajustarlas cada cierto tiempo, lo cual parece poner en tela de juicio que el universo esté gobernado por leyes fijas e inalterables. Según leí en la Wikipedia: "*En 2010, el científico John Webb publicó un estudio en el que revelaba datos que afirmaban que la constante [de estructura fina] no era igual en todo el universo y que se observaban cambios graduales [...] Algunos científicos sostienen que las constantes de la naturaleza no sean en realidad constantes, y la constante de estructura fina no escapa a estas afirmaciones*".

Según nos recuerda el doctor Sheldrake, la velocidad de la luz en el vacío se considera una constante absoluta y "la física moderna se basa en este supuesto. No es sorprendente que las mediciones tempranas de la velocidad de la luz variaran considerablemente, pero en 1927 los valores medidos convergieron en 299.796 kilómetros por segundo. En aquel momento la principal autoridad en la materia concluyó: «El valor presente de  $c$  [la letra "c" es el símbolo que usan los físicos para la velocidad de la luz] es completamente satisfactorio y puede considerarse más o menos permanentemente establecido». Sin embargo, entre 1928 y 1945 la velocidad de la luz descendió unos 20 kilómetros por segundo. [...] A finales de los cuarenta la velocidad de la luz volvió a subir unos 20 kilómetros por segundo y se estableció un nuevo consenso en torno a un valor superior. En 1972, la enojosa posibilidad de variaciones en  $c$  se eliminó cuando la velocidad de la luz fue fijada por definición. Además, en 1983, la unidad de distancia, el metro, se redefinió en términos de luz [se define el metro como la distancia recorrida por la luz en  $1/299792458$  de un segundo]. Por tanto, si se produce algún cambio en la velocidad de la luz, no lo percibiremos porque la longitud del metro cambiará con la velocidad de la luz".

Abundando más en todo este asunto de la supuesta inmutabilidad de las leyes físicas, decía el doctor Sheldrake: "Consideremos, por ejemplo, el caso de una sustancia química recién sintetizada que jamás haya existido con anterioridad. Según la hipótesis de la causación formativa, no hay modo de predecir la forma cristalina que asumirá y todavía no existe, para ella, campo morfogenético alguno. Una vez, no obstante, que haya cristalizado por primera vez, la forma de sus cristales ejercerá, por resonancia mórfica, una influencia sobre las cristalizaciones posteriores, que se verán, de ese modo, proporcionalmente favorecidas. Por ello, es posible que la primera ocasión en que cristalice lo haga con dificultad, pero que, en ocasiones posteriores, aumente la facilidad de cristalización en la medida en que aumenta, por resonancia mórfica, el efecto acumulado de los cristales anteriores que contribuyen a su campo morfogenético. De hecho, los químicos que han sintetizado sustancias químicas completamente nuevas tienen dificultades para lograr que cristalicen por vez primera. Con el paso del tiempo, sin embargo, aumenta la facilidad de cristalización de esas sustancias. A veces pueden pasar muchos años antes de que tenga lugar la cristalización. La turanosa, por ejemplo, un tipo de azúcar, se consideró, durante varias décadas, un líquido, pero después del momento en que, durante la década de 1920, se logró que cristalizase, se empezó a cristalizar rápidamente por todo el mundo. Todavía más sorprendentes son los casos

*en los que una determinada modalidad de cristalización acaba viéndose reemplazada por otra. El xilitol, por ejemplo, un alcohol del azúcar utilizado como edulcorante en la fabricación del chicle sintetizado en 1891 fue considerado un líquido hasta el año 1942, en que acabó cristalizando a 61 °C. Al cabo de pocos años, apareció otra forma, con un punto de fusión de 94 °C, y la primera forma dejó misteriosamente de aparecer. Las diferentes formas cristalinas que puede asumir un determinado compuesto se denominan "polimorfos". [...] hay ocasiones, no obstante, como ilustra, por ejemplo, el mencionado caso del xilitol, en las que la aparición de un nuevo polimorfo acaba desplazando al otro. [...] El reemplazo de un polimorfo por otro es un problema recurrente en el ámbito de la industria farmacéutica. El antibiótico ampicilina, por ejemplo, cristalizó primero en forma de monohidrato, es decir, con una molécula de agua por molécula de ampicilina. Durante los años sesenta, empezó a cristalizar en forma trihidratada y, a pesar de los persistentes esfuerzos, la modalidad monohidratada acabó desapareciendo completamente de escena. [...] La incapacidad de los químicos para controlar la cristalización es un reto muy serio. «La falta de control es, en realidad, muy inquietante y podría llegar incluso a cuestionar el criterio de reproducibilidad como condición para que un determinado fenómeno merezca ser científicamente investigado.» [escribió Joel Bernstein (2002) en su libro *Polymorphism in Molecular Crystals*] La reproducibilidad completa es lo que cabe esperar, basándonos en la creencia de que las leyes de la naturaleza son eternas y las mismas, en todo tiempo y en todo lugar. Pero la desaparición de los polimorfos pone de relieve que la química no es atemporal, sino, como la biología, histórica y evolutiva. O, dicho de otro modo, que lo que sucede ahora depende de lo que ha sucedido antes".*

Puede que no le falte razón a R. Sheldrake cuando afirma que tenemos una visión demasiado ingenua e idealizada de la supuesta objetividad de los científicos (sin mala intención por parte de ellos, por supuesto). En psicología, medicina, parapsicología, etc. son habituales las metodologías ciegas, pero éstas no se aplican por ejemplo en los experimentos de física. ¿Es esto una actitud realmente científica?, se pregunta el doctor Sheldrake. ¿No se estará convirtiendo el paradigma materialista, casi sin darnos cuenta, en un nuevo dogma de fe, en otro más?

Hay muchas personas que han incorporado el ateísmo como parte de su visión del mundo, eliminando de sus vidas por lo tanto la idea de un Dios Creador. Pese a ello, siguen abrazando en muchos casos (a veces casi como

un dogma de fe) una creencia platónica en cierto modo equivalente: la existencia de unas leyes físicas eternas e inmutables.

Siempre se nos enseñó en el colegio que la energía ni se crea ni se destruye, tan sólo se transforma. Pero si las leyes físicas pudiesen variar con el tiempo, entonces la energía tampoco tendría por qué conservarse (no necesariamente), pudiendo por lo tanto ser creada o destruida.

Los científicos no tienen muy claro qué es y de dónde procede la "energía oscura" (la responsable de que la expansión del universo esté acelerándose), la cual parece surgir de la nada. Esto ha proyectado una sombra de duda respecto a la certeza absoluta que siempre ha rodeado a la ley de conservación de la energía; de hecho, la cuestiona seriamente, ya que la "energía oscura" está aumentando cada vez más. Es decir, la energía quizás podría crearse y, también, destruirse. Según lo veo yo, es la consciencia la que también estaría detrás de la creación de la energía. O mejor dicho, la consciencia sería ella misma esa energía, ya que la consciencia no puede agotarse, no puede desaparecer. Aun cuando la energía de todo el universo desapareciese, la consciencia seguiría existiendo. No necesitamos la energía para seguir siendo conscientes, porque la consciencia (inagotable y eterna) es ella misma energía. El argumento típico es que si desapareciese toda la energía del universo nosotros dejaríamos entonces de existir, dejaríamos de ser conscientes, es decir, nos volveríamos inconscientes. Pero creo que ya he explicado cumplidamente, incluso a riesgo de resultar excesivamente repetitivo, lo que significa la "inconsciencia" y qué se esconde detrás de esta palabra, a saber: la consciencia "no alterada", consciencia en estado de quietud energética absoluta, "pura potencialidad", cuya intensidad puede llegar a ser brutal. Pero, como afirma R. Sheldrake, *"los dogmas científicos crean tabúes, con el resultado de que áreas completas de indagación e investigación quedan excluidas de la ciencia dominante y de las fuentes regulares de financiación. El resultado es la ciencia 'marginal', inaceptable para la ortodoxia en virtud del escepticismo automático. Como hemos visto, uno de los más antiguos y poderosos tabúes de la ciencia es el establecido contra las máquinas de movimiento perpetuo [...]"*. Rupert Sheldrake hacía alusión a unos experimentos llevados a cabo por un tal Paul Webb en la década de los setenta que vertían ciertas dudas sobre la certeza absoluta de que la energía no se puede crear ni destruir. Los datos de aquellas mediciones no despertaron ningún interés o pasaron casi inadvertidos porque, al no coincidir con el paradigma dominante, se consideraba que probablemente debían de ser erróneos. No es que los científicos no estén interesados en

la verdad (todo lo contrario, ellos más que nadie son fervientes y honestos buscadores de la verdad para ponerla al servicio de la Humanidad) pero a veces pueden pasar por alto ciertos datos e indicios precisamente porque no encajan con su modelo habitual pues, según afirma el doctor Sheldrake: *“Como la mayoría de la gente, los científicos aceptan la evidencia que se adecúa a sus creencias con mayor facilidad que la evidencia que las contradice. [...] La conservación de la energía no era una cuestión de evidencia, sino un artículo de fe. [...] Aunque la mayoría de la gente no lo sepa, existe la asombrosa posibilidad de que los organismos vivos recurran a formas de energía al margen de aquellas que han sido reconocidas por la física y la química estándar.”*. Quién sabe qué otras oportunidades de investigación podrían pasar posiblemente desapercibidas y desaprovechadas porque el paradigma materialista no nos ayuda (o no nos invita) a ver más allá.

Este callejón sin salida en el que se encuentra el pensamiento humano, este vagar sin saber dónde está el norte, dónde buscar la respuesta última, creo que se echa de ver en estas palabras que el físico Freeman Dyson tomó prestadas de un científico alemán apellidado Wiechert para el tercer capítulo de su libro "El infinito en todas direcciones": *"La materia, que es supuestamente el constituyente principal del universo, está formada por pequeñas unidades estructurales independientes: los átomos químicos. Nunca se repetirá en exceso que la palabra «átomo» está hoy despojada de cualquier vieja especulación filosófica: sabemos con precisión que los átomos con los que tratamos no son para nada los componentes más simples que se puedan concebir en el universo. Por el contrario, cierta cantidad de fenómenos, especialmente en el área de la espectroscopía, llevan a la conclusión de que los átomos son estructuras muy complicadas. Por lo que atañe a la ciencia moderna, debemos abandonar completamente la idea de alcanzar los fundamentos últimos del universo sólo por medio de la introducción en los dominios de lo pequeño. Creo que podemos abandonar esta idea sin lamentarnos. El universo es infinito en todas las direcciones, no sólo por encima de nosotros en lo inmenso, sino también por debajo, en lo pequeño. Si comenzamos por nuestra escala de existencia humana y exploremos más y más el contenido del universo, llegamos finalmente tanto en lo grande como en lo pequeño, a distancias borrosas donde nos fallan primero nuestros sentidos y luego incluso nuestros conceptos"*. Humildemente, discrepo de Emil Wiechert. Disiento de sus palabras.

Ciertamente, ahondando más y más en la investigación del universo no encontraremos jamás –es verdad– el fundamento último de éste, ni el esla-

bón entre la materia y la conciencia; por el contrario, solamente estaremos ahondando en la realidad revelada por la mente, la cual sí que es inagotable, la cual sí que es "infinita en todas direcciones". En realidad, es la conciencia la que crea este universo aparentemente independiente y que exploremos como si se tratara de una realidad exterior a aquélla. Por eso, creo yo, asistimos cansados, fatigados, al espectáculo de ver cómo una generación de filósofos contradice a la anterior y es discutida por la siguiente, y ésta última siendo cuestionada por otra siguiente y así sucesivamente en lo que no parece tener fin. Asistimos igualmente al mismo espectáculo de una teoría científica que mejora o refuta a la anterior para, a su vez, ser mejorada o refutada por otra siguiente, a la espera de una teoría última y definitiva que parece no llegar nunca, precisamente porque seguimos obcecados en buscar en la realidad mental, seguimos ofuscados buscando con la conciencia mental, empeñados en tomar como fundamento del conocimiento de la realidad aquello (o sea, la mente) que precisamente nunca nos servirá para desvelarnos cuál es el fundamento de toda realidad y dónde se halla la fuente de todo, a saber: la conciencia "no alterada" originaria, de la cual la "conciencia mental", la mente, no es más que una simple manifestación, aunque, eso sí, una manifestación inagotable, infinita, con todo lo que participa de ella. El conocimiento científico es cada vez más multidisciplinar, pero también cada vez más parcelado, más especializado, cuya complejidad, lejos de allanarse, no deja de aumentar. No parece vislumbrarse un final a esto, antes al contrario. Creo recordar haber leído en algún lugar que el teólogo y reformador francés del siglo XVI Juan Calvino se lamentaba de que había tantos libros que ni tan siquiera le daba tiempo a leer los títulos. Hoy en día no existe ya ningún científico que pueda abarcar o seguir el interminable aumento de conocimientos científicos (tan sólo de ciencia se escriben y publican cada día varios miles de artículos). Paralelamente, el dinero necesario para costear los experimentos y misiones científicas es cada vez mayor, en una dirección que tampoco parece tener fin. La ciencia, en su incesante y progresiva complejidad, necesita equipos cada vez más caros y sofisticados. Para corroborar sus teorías, los físicos necesitan construir aceleradores de partículas cada vez más grandes. Los aceleradores de partículas cada vez más colosales han permitido la producción de nuevas partículas y antipartículas. Los resultados obtenidos con el empleo de energías cada vez más elevadas han justificado la construcción de aceleradores progresivamente mayores a pesar de su elevadísimo coste. Las energías que se requieren son cada vez más prohibitivas o insostenibles desde el punto de vista económico y hasta inviables técnicamente. Incluso un consorcio de muchas naciones a duras penas puede permitírselo.

Así pues, cuando necesitemos construir un acelerador de partículas mayor que el diámetro de nuestro planeta, de nuestro sistema solar o incluso del tamaño de nuestra galaxia para poder confirmar la última teoría de los físicos, ¿cómo lo financiaremos? Pero no importa, seguiremos empeñados en buscar la respuesta última al origen del universo con la ciencia, es decir, con la mente. Nuestros ojos pueden verlo todo, excepto lo que tenemos en la nuca. Eso es exactamente lo que le sucede a la mente (y, por consiguiente, a la ciencia), la cual es incapaz de descubrir la consciencia primigenia de la que proviene. Sin embargo, el pensamiento humano no parece capaz de atisbar cuál es la salida de este atolladero, pues la mente en su interminable discurrir (ya que la mente no puede agotarse) termina siempre regresando a ella misma, termina siempre alumbrando nuevas construcciones mentales, nuevos pensamientos, nuevas teorías, nuevas paradojas, nuevos razonamientos, nuevos modelos, nuevos conceptos, nuevas antinomias, pero éstos sólo pueden describir a la mente, éstos sólo pueden describir la realidad que se manifiesta en la consciencia mental, porque participan de su misma naturaleza. Nuestra ciencia y filosofía sólo pueden describir la realidad inscrita en la mente; ésta con su actividad sólo puede describir lo que está conectado o asociado a la consciencia mental, pero sin ser capaz de descubrir lo que subyace a la misma, sin ser capaz de asomarse al origen de la propia mente (que es también el origen del universo): la consciencia "no alterada", la consciencia originaria en su estado prístino, primigenio. La mente, perdida en la inmensidad de sí misma y sin referencia alguna fuera de ella, regresa sobre sí una y otra vez sin ser capaz de descubrir lo que realmente ella es, sin ser capaz de entender cuál es o dónde está su origen.

Como decía anteriormente, nuestra ciencia y filosofía sólo pueden describir la realidad integrada en la mente, sólo pueden describir la realidad revelada por la mente, pero no pueden llegar a la base o la fuente de donde surge toda la realidad. Todas nuestras teorías científicas y filosóficas elaboradas con la mente ordinaria siempre serán conquistas parciales, revelaciones incompletas, aunque inagotables, infinitas, la mente siempre regresando a ella misma, describiendo todo lo que ella genera pero no lo que hay tras ella. Es posible incluso que la misma idea o concepto de ciencia, así como el propio concepto de filosofía, no tengan el menor sentido, puesto que toda la ciencia y filosofía elaboradas por la mente, sólo hacen referencia, en último término, a la consciencia mental (o consciencia psíquica) y al universo, el cual es una gigantesca manifestación de este psiquismo. El patetismo de todo nuestro poderoso pensamiento científico y filosófico (cuyos gigantescos logros son indiscutibles) incapaz de ver esto, atónito y perplejo en su

impotencia para salir de esta espiral, de este atolladero, es algo sangrante. Nuestra mente errante, desnortada, no parece hacer otra cosa que dar tumbos de allá para acá. Nuestros científicos seguirán haciendo nuevos hallazgos, nuevas conquistas, pero por cada descubrimiento realizado, surgirán más enigmas e interrogantes; cada misterio explicado dará lugar a un mayor número de preguntas todavía. ¿Por qué? Porque la mente no puede agotarse. Asimismo, nuestras bibliotecas seguirán llenándose cada día con miles de nuevos libros, artículos, etc., porque la mente y todo lo que ésta produce jamás podrá agotarse; miles de documentos nuevos cada día ocupando nuestros archivos y bibliotecas para, irónicamente, no hacer sino aumentar más todavía nuestra ignorancia, una "docta ignorancia". Nuestro total desconocimiento acerca de quiénes somos y de cómo podríamos poner fin a este largo peregrinar no parece tener fin, no se vislumbra una salida a esto. Quizás lo que entendemos habitualmente por ciencia no sea otra cosa que una ciencia de la realidad revelada por la mente. Es posible incluso que una ciencia verdaderamente digna de tal nombre sólo podría ser una ciencia de la consciencia.

En mi intento por ser lo más descriptivo posible he querido, a sabiendas, ser un tanto exagerado. No estoy diciendo con todo esto que haya que renunciar a la luz de la razón (la que me ha permitido, por ejemplo, escribir esto) ni abandonar la ciencia, cuyos grandes logros debemos admirar sin duda alguna y cuya efectividad en todos los ámbitos es incontrovertible. Por ejemplo, cuánto sufrimiento alivian cada día en todo el planeta la medicina y la cirugía. Todavía no he encontrado nada que funcione mejor que la ciencia, la única cosa que realmente ha hecho algo por nosotros, lo cual también debería hacernos reflexionar. Miremos adonde miremos, todo es fruto de ella. Lo que trato de decir con todo esto es que, quizás, necesitamos **también** una ciencia de la consciencia, sea esto lo que fuere.

Para los antiguos yoguis de la India, la mente (y todo lo que ésta genera o pudiera revelarles) tenía poco o escaso interés, tenía poco o ningún valor, pues la mente era para ellos una instancia inferior, un nivel subalterno de la consciencia originaria, un nivel filial o subordinado (dependiente de la consciencia primigenia) como es la mente, la cual ingenuamente cree acaparar todo lo que la consciencia es. El yogui trataba de descender a las raíces mismas de la consciencia, a esa Consciencia Única y Universal de la cual surge todo lo demás, empezando por la "consciencia" en el sentido occidental del término, es decir, la mente (la cual es en realidad una consciencia alterada, como ya hemos explicado), así como también la materia, o lo

que llamamos "materia", la cual también se origina desde el nivel más profundo de la realidad: la Consciencia pura originaria, que ellos denominaban Brahman, y que vendría a ser el equivalente a ese "campo unificado" que subyace a toda la realidad del que nos hablan los físicos.

No sé qué puede haber de cierto y verdad en esas historias que refieren casos de yoguis muy avanzados que, en su lenta reabsorción en la Consciencia Universal, se topaban repentinamente en el curso de sus prácticas con ciertos fenómenos paranormales. Personalmente, no creo en estas historias, pero no seré yo desde luego quien se atreva a descartarlo de antemano.

No sé si formamos una sola mente o simplemente alguna especie de consciencia compartida (aunque es posible que ya no estemos hablando de ciencia, sino de misticismo). Me inclino a pensar que formamos una multiplicidad de conciencias individuales, aunque indisolublemente interconectadas, más bien que una consciencia única. Pero lo que sí sé es que todo, absolutamente todo, es consciencia, y creo, francamente, que saber esto podría ser importante. Si es la consciencia la que crea el universo, entonces la raza humana, sin saberlo, quizás tenga un poder inimaginable. Creo que no se equivocaban demasiado los antiguos cristianos gnósticos cuando intuyeron que dentro de cada ser humano latía una chispa de divinidad, que nuestra consciencia trascendía la materia, que la naturaleza humana era potencialmente divina. En cierto sentido, tenían razón cuando afirmaban que somos Dios, que éramos la instancia en donde Dios se hace consciente de Sí mismo. Somos, de hecho, los creadores –involuntarios– del universo, y esto, de algún modo, nos iguala a Dios (nominalmente al menos). Es la consciencia la que dio origen al universo y no al revés. Esto resulta, cuando menos, impactante.

Creo que no le faltaba razón al físico británico James Jeans cuando afirmaba que *"el universo empieza a parecerse más a un enorme pensamiento que a una gran máquina"*. Debo reconocer no obstante que yo era un creyente furibundo en el materialismo más absoluto, en que la consciencia era el producto de la materia y que ciertas cuestiones como la posibilidad de la existencia del alma eran cosas propias de gente supersticiosa únicamente. En mi fuero interno creía con la mayor de las convicciones que todo se podía reducir, en definitiva, a la física y a la química, y que todo lo demás eran cuentos de hadas e historias propias del dominio exclusivo de charlatanes, quienes hacen un flaco favor a que este tipo de cuestiones reci-

ban una mayor atención y susciten el interés de quienes, haciendo abstracción de toda la charlatanería que hay entreverada, desearían investigar estos temas con la debida seriedad y rigor.

Sé que no parece de buen tono cuestionar el paradigma materialista, al que todavía le prodigamos verdadera unción y respeto (a lo cual no me opongo del todo), pero desde que comprendí que todo es consciencia me he visto obligado, lo quiera o no, a ver desde una nueva perspectiva –si bien, con la debida cautela y escepticismo– ciertas cosas y posibilidades que antes simplemente rechazaba de antemano sin tan siquiera tomarlas en consideración, convencido como estaba de que ninguna idea fuera del paradigma materialista dominante debía ser tenida en cuenta. Mi convicción rayaba en el fanatismo. Decía Emil Cioran que *“sólo tiene convicciones quien no ha profundizado en nada”*.

Con todo esto no estoy diciendo que debamos abandonarnos sin más a un misticismo alocado o a sustituir una fe por otra. A propósito de la fe, el astrónomo norteamericano Carl Sagan nunca se cansó de recordarnos que ésta no debería ser una virtud. Se preguntaba Carl Sagan por qué hay personas que aceptan la exigencia de fe por parte de una religión, pero en cambio no aceptarían que una empresa farmacéutica les pidiera la misma fe en uno de sus medicamentos que no hubiera sido respaldado por ninguna prueba experimental previa. ¿Nos imaginamos a un juez –decía C. Sagan– guiarse por la fe antes de dictar sentencia? Buscar pruebas, eso es lo honesto con los demás y con nosotros mismos, seres espirituales dotados de inteligencia. Qué bien lo expresó un tipo en un foro de Internet: *"La fe no es una virtud, es más bien un defecto. Cuantas menos evidencias se posee de la existencia de algo, más fe se requiere para creer en ello. En consecuencia, se es más crédulo, menos inquisitivo y en definitiva, más manipulable. La fe limita a las personas y las sitúa en un estado de absoluta inmadurez intelectual. Es como si el creyente reafirmara lo que aprendió a los seis años de edad, no habiéndose cuestionado nada desde entonces"*. Confieso que sólo cuando escucho música conservo todavía un sentimiento parecido a la fe religiosa a la que aludía hace un instante. *"[...] y la música me abre a perspectivas indecibles, a dominios que no poseo, a goces que no concibo [...]"* La música dice a mi alma que lo sobrenatural existe", decía el emperador Nerón en la novela *"Quo vadis?"*, del escritor polaco Henryk Sienkiewicz.

*“Es difícil saber qué fibra nuestra hiere la música; lo cierto es que toca una zona tan profunda que ni la misma locura sabría llegar a ella”, decía Emil Cioran, un hombre al que yo llegué a querer por estas palabras.*

Carl Sagan nos enseñó que debíamos mantener un equilibrio entre una mente siempre abierta y un sano escepticismo al que jamás deberíamos renunciar. Éstas eran algunas de sus palabras: *“Quiero decir algo más sobre la carga del escepticismo. Se puede coger un hábito de pensamiento en el que te diviertes burlándote de toda la gente que no ve las cosas tan bien como tú. Esto es un peligro social potencial, presente en una organización como el CSICOP. Tenemos que protegernos cuidadosamente de esto. Me parece que lo que se necesita es un equilibrio exquisito entre dos necesidades conflictivas: el mayor escrutinio escéptico de todas las hipótesis que se nos presentan, y al mismo tiempo una actitud muy abierta a las nuevas ideas. Obviamente, estas dos maneras de pensar están en cierta tensión. Pero si sólo puedes ejercitar una de ellas, sea cual sea, tienes un grave problema. Si sólo eres escéptico, entonces no te llegan nuevas ideas. Nunca aprendes nada nuevo. Te conviertes en un viejo cascarrabias convencido de que la estupidez gobierna el mundo. (Existen, por supuesto, muchos datos que te apoyan.) Pero de vez en cuando, quizá uno entre cien casos, una nueva idea resulta estar en lo cierto, ser válida y maravillosa. Si tienes demasiado arraigado el hábito de ser escéptico en todo, vas a pasarla por alto o tomarla a mal, y en ningún caso estarás en la vía del entendimiento y del progreso.*

*Por otra parte, si eres receptivo hasta el punto de la mera credulidad y no tienes una pizca de sentido del escepticismo, entonces no puedes distinguir las ideas útiles de las inútiles [...]*”.

Creo que fue un ex campeón mundial (Gari Kasparov, tal vez) el que dijo, más o menos: "Cuando lea un libro de ajedrez confíe en lo que dice su autor, pero no deje de comprobarlo por usted mismo". De eso se trata, de no perder nunca un espíritu crítico y de someterlo todo a prueba, sin excepción. Por eso estoy de acuerdo con Rupert Sheldrake cuando afirma que *“En el ideal de la Ilustración, la ciencia era un camino hacia el conocimiento que transformaría a la humanidad para mejoras. La ciencia y la razón iban a la vanguardia. Eran, y aún son, maravillosos ideales, y han inspirado a los científicos durante generaciones. A mí me inspiran. Estoy a favor de la ciencia y la razón si son científicas y razonables. Pero estoy en contra de conceder a los científicos y al punto de vista materialista una*

*exención del pensamiento crítico y la investigación escéptica. Necesitamos una ilustración de la Ilustración”.*

Estoy plenamente de acuerdo con los escépticos en que las “experiencias cercanas a la muerte” que incluyen percepción extrasensorial no constituyen una prueba suficiente de que la consciencia sobrevive a la muerte. Y aunque así fuese, para mí no probarían en absoluto la posterior indestructibilidad de la misma. Tampoco estas experiencias nos dicen nada respecto a si existe o no un Dios Creador, e igualmente nada nos dicen con relación al misterio de por qué existe el universo. De igual modo, ninguna teoría podría resolver jamás las eternas preguntas de si hubo un principio o qué sucedió antes del mismo, cómo se originó toda la energía del universo, de dónde provienen las leyes que lo gobiernan, cómo surgieron la vida y la mente, etc. Cualquier teoría candidata a resolver el misterio de la mente y del universo está abocada inevitablemente a generar nuevas preguntas que a su vez darían lugar a nuevos y sucesivos interrogantes, así una y otra vez. Exceptuando la consciencia, todo lo demás es susceptible de ser sometido a la pregunta de si tuvo un comienzo o no, de si fue creado o no. Pero la consciencia, correctamente entendida, es lo único que no admite la posibilidad de tales preguntas.

Los científicos nos recuerdan a veces que todo es “energía” e “información”; pero estos términos, aun sin pretenderlo, no son más que formas solapadas de llamarle a la consciencia, son palabras que –en el fondo– no explican nada. En cambio, si entendemos lo que es la consciencia “no alterada” (vulgarmente denominada “inconsciencia”, palabra bajo la cual se ocultan dimensiones insospechadas e inimaginables) todos esos interrogantes se disuelven como un azucarillo, todos ellos de una tacada. Incluso el misterio de por qué existe el universo o cuál es su origen se desvanece por completo.

¿Cómo es posible que el universo haya podido generar tanto orden: galaxias, estrellas, planetas, células, árboles, mamíferos, sociedades, civilizaciones, idiomas, etc., etc.? Son muchos los que opinan que la ciencia no ha conseguido explicar de manera totalmente satisfactoria la capacidad de la vida de organizarse de un modo tan complejo. Los campos mórficos, a los que me he referido repetidas veces, son un tema fascinante sin duda alguna y creo que nos dicen algo muy profundo sobre la consciencia, pero la resonancia mórfica tampoco explica de dónde surge la creatividad en la Naturaleza. Muchos científicos siguen embarcados todavía en una búsqueda de al-

guna ley o principio organizador responsable del orden, la complejidad y la aparición de nuevas propiedades emergentes en el universo. Para mí es claro y notorio que ese mecanismo o principio organizador misterioso es la *consciencia*. Sólo ésta, correctamente entendida, es lo único que puede acabar con el misterio, dentro y fuera de la ciencia.

No existe el espacio, no existe el tiempo, no existe un Dios Creador, y tampoco existe ninguna ley cósmica eterna e inmutable. ¿Qué queda entonces? Solamente nosotros, sólo nuestra consciencia, eterna e indestructible.

Saber que todo es consciencia, ¿puede reportarnos alguna utilidad, algún beneficio? No lo sé, francamente. Puede que sí, o puede que no. Sin duda alguna, tendremos que seguir batiéndonos el cobre con las denominadas ciencias positivas, porque así es como (mejor) funciona la consciencia. Sin embargo, puede que en lo sucesivo estemos más abiertos o más receptivos a la hora de explorar otras posibilidades, puede que ello nos anime a invertir parte de nuestro dinero en otras líneas de investigación menos ortodoxas, así como a examinar más abiertamente todas esas informaciones, datos e ideas que pudieran chocar contra algunas de nuestras ideas preconcebidas. Sí, todos tenemos prejuicios. Saber que todo es consciencia puede resultar al menos enriquecedor para el futuro debate científico, puede ser bueno y saludable para la ciencia que este tipo de cuestiones dejen de ser casi un tema tabú en ciertos ámbitos. Puede que tal vez sea pecar de un excesivo optimismo por mi parte, pero pienso que podría no faltarle buena parte de razón a R. Sheldrake cuando afirma que *“Es más probable que realicemos nuevos descubrimientos si nos aventuramos más allá de los trillados senderos de la investigación convencional, y si planteamos preguntas que han sido suprimidas por dogmas y tabúes. [...] La agenda materialista una vez fue liberadora y ahora es deprimente”*.

He llegado así al término. Espero que este modesto artículo (al final un opúsculo más bien, me temo que me extendí más de la cuenta) haya servido para aportar un poco de luz, siquiera mínimamente. Espero asimismo que estas palabras sirvan de estímulo para que otros puedan seguir profundizando en todo esto mucho más y mejor.

Quisiera, por último, pedir disculpas al lector por los errores que pudiera contener este pequeño e improvisado ensayo y que asumo como enteramente míos.

\* \* \*